

El magnate rebelde

Ally Blake

El magnate rebelde
Ally Blake

EL MAGNATE REBELDE, N.º 2302 - 2.12.09
Título original: Dating the Rebel Tycoon
Protagonistas: Cameron Kelly y Rosalind Harper

Argumento:
Ya de adolescente, Rosie había sabido que no tenía una sola oportunidad con Cameron Kelly. Mientras ella llevaba coletas y gafas y fregaba platos por las noches para ayudar a su madre, Cameron pertenecía a una de las familias más ricas de Brisbane.
Pero años después volvieron a encontrarse y Rosie aceptó una cita con el guapísimo millonario. Había algo diferente en él; lo encontraba más sombrío, más intenso y más peligroso. Y, sin embargo, estaba decidida a ignorar su regla de las tres citas para conseguir su corazón.

CAPÍTULO 1

CAMERON Kelly abrió la pesada puerta lateral del edificio y, al cerrarla, se vio envuelto en la oscuridad. La clase de oscuridad espesa e insondable que haría que incluso el chico más valiente viese monstruos bajo la cama.

Pero había pasado mucho tiempo desde que él era ese chico; más aún desde que averiguó que la gente no siempre contaba la verdad. Como cuando descubrió que sus dos hermanos mayores se habían inventado lo de los monstruos.

El ventanuco que lo separaba del sol de invierno de Brisbane revelaba que nadie lo había seguido y Cameron apoyó la frente en el cristal, suspirando.

De todas las personas con las que podría haberse encontrado a muchos kilómetros de donde debería estar, tenía que ser precisamente su hermana pequeña, Meg, tomando café y charlando con sus amigas.

Si Meg lo había visto paseando por el jardín botánico, observando los lirios y los cactus en lugar de estar enterrado hasta el cuello en planos y permisos de obra para construir millonarios rascacielos, no lo hubiera dejado en paz hasta que le dijese por qué.

De modo que él, un adulto, un hombre rico y en general con sentido común, estaba escondiéndose. Porque la verdad sólo haría daño a su hermana. Y, aunque siempre había sido considerado la oveja negra del clan Kelly, hacerle daño a su familia era lo último que deseaba.

Cuando miró el reloj y vio que eran casi las nueve, Cameron torció el gesto.

Hamish y Bruce, respectivamente su arquitecto y su jefe de obra, llevarían una hora esperándolo para que aprobase los planos de la planta cincuenta y cuatro. Y, tan cerca del final del proyecto, si no se habían estrangulado el uno al otro para cuando llegase, tendría mucha suerte.

Pero le daba igual. Que pensaran que estaba haciendo una entrada triunfal cuando por fin llegase; así al menos se pondrían de acuerdo en algo. No le importaba que lo viesen como a alguien con un ego del tamaño de Queensland. Al fin y al cabo, era un Kelly.

–Está cerrado –oyó una voz tras él.

Cameron se dio la vuelta y, automáticamente, levantó los puños. Aunque no se había peleado con nadie desde el último año en el colegio St. Grellans, miró alrededor buscando a un posible atacante, pero no podía ver absolutamente nada en la oscuridad.

–Lo siento mucho, no quería asustarlo.

Era una mujer de voz ronca y dulce. Y, considerando que no sabía con quién estaba hablando, en su tono había un sarcasmo sorprendente.

–No me ha asustado.

–¿Entonces por qué no baja los puños?

Cameron, sorprendido al ver que seguía teniendo los puños levantados, dejó caer los brazos.

–Me encanta que los espectadores estén tan interesados, pero el espectáculo no empieza hasta dentro de media hora. Será mejor que espere fuera.

¿El espectáculo? Cameron empezaba a acostumbrarse a la oscuridad y podía ver delante de él un montón de butacas, todas ligeramente inclinadas para que los espectadores pudiesen mirar hacia arriba…

Ah, el espectáculo que tenía lugar allí no ocurría en un escenario, sino en el cielo.

Se había metido en el planetario.

No había estado allí desde que era niño pero, aparentemente, los asientos de plástico y la moqueta bajo sus pies no habían cambiado.

El ingeniero de estructuras que había en él se preguntó por el mecanismo de soporte del techo acristalado, mientras los vestigios del niño que una vez había creído en monstruos sencillamente se maravillaba del negro infinito sobre su cabeza.

–Esperaré aquí, si no le importa.

–Pues sí, la verdad es que me importa.

–¿Por qué?

–Reglas, regulaciones, seguridad, posibilidad de incendio, todas esas cosas. O que hoy es martes, elija la que quiera.

Cameron guiñó los ojos, pero seguía sin poder verla.

¿Sería del equipo de seguridad y estaría a punto de echarlo de allí o algo creado por su imaginación para olvidar lo que había visto esa mañana en las noticias?

–Puedo reservarle un asiento, si quiere. Incluso le buscaré la mejor butaca, en el centro, de las que no crujen cada vez que te mueves. ¿Qué le parece?

Cameron no dijo nada, pero notó que ella se había movido. No porque la viera, sino por un susurro de prendas, por cierto aroma a vainilla que lo hizo sentir hambre.

¿No había desayunado?, se preguntó. No, no lo había hecho.

La aparición del hombre que lo había echado de la familia muchos años antes en el programa de noticias económicas que solía ver cada mañana no había sido una gran sorpresa. Quinn Kelly, su padre, promovía el negocio familiar, el Grupo Inversor Kelly, sin empacho alguno en todos los medios de comunicación.

Su padre era el epítome del sueño australiano. Un inmigrante que llegó al país de niño sin un céntimo y que, años después, había creado el tipo de familia grande y fotogénica que encantaba a la prensa y un imperio financiero que todos envidiaban. Alto, guapo, encantador, directo, el hombre actuaba como si no fuera a morirse nunca, y el mundo entero se lo había creído. Tenían que creerlo porque Quinn Kelly había metido los dedos en tantas empresas…

Cameron no se había dado cuenta de que también él lo creía inmortal hasta que notó la palidez que el maquillaje no podía disimular, la pérdida de peso, el tono mate de unos ojos antes siempre brillantes.

Aunque seguramente ni su familia sabía que algo le ocurría a Quinn Kelly. El resto del clan se preocupaba tan poco por los demás que era más que posible que no se hubieran dado cuenta.

Cameron había intentado convencerse a sí mismo de que no era verdad. Y no por las razones que lo convertirían en un buen hijo sino porque, de repente, había vuelto a sentir el cariño que no quería sentir por su padre. ¿Por qué iba a importarle un hombre que lo había apartado de su familia para salvarse a sí mismo? Y a una edad en la que no tenía oportunidad de tomar decisiones.

Ni siquiera eran las nueve de la mañana y ya deseaba que el día terminase de una maldita vez.

–La puerta está justo detrás de usted.

Cameron se irguió todo lo que pudo.

–No he venido para ver el espectáculo.

–No tiene que disimular –se burló ella–. Incluso los chicos

mayores como usted encuentran consuelo en la idea de que podría haber algo más grande y más importante que uno mismo en el cosmos. Algo que seguirá adelante cuando no seamos más que un nombre en la columna de necrológicas del periódico.

Cameron rió, algo que no había esperado hacer aquel día. La gente no solía tomarle el pelo. Era demasiado conocido, demasiado respetado; con reputación de hombre implacable y un apellido sinónimo de «ganar a toda costa». Quizá por eso le gustaba.

–Aparte de su experiencia con los chicos mayorcitos, la verdad es que ya vi el espectáculo hace años.

–¿Hace años? Ah, entonces no ha visto nada. Afortunadamente, los astrónomos siguen encontrando estrellas. Suficientes como para que centenares de generaciones de parejas sigan poniéndoles sus nombres el día de San Valentín. ¿Qué le parece?

Él rió de nuevo. No sabía si la mujer tenía dieciocho u ochenta años, si estaba casada o soltera o si era de otro planeta, pero estaba disfrutando demasiado como para que le importase.

Aunque no podía ver el suelo bajo sus pies dio un paso adelante… y era liberador, como lanzarse al abismo.

Algo se movió entonces. Cameron giró la cabeza a la izquierda y, por fin, la vio: un bulto oscuro mezclándose con las sombras. Era muy alta y, en la oscuridad, le pareció ver un pelo largo, ondulado y unas curvas interesantes bajo un vestido ancho por debajo de las rodillas. También le pareció que llevaba unas botas de hombre, pero no podía confiar en sus ojos.

En su instinto sí podía confiar, sin embargo. Y, aunque había ido al jardín botánico buscando la manera de olvidar una verdad difícil, la única verdad que había encontrado hasta el momento era la voz que tiraba de él hacia la oscuridad.

–¿Qué tal si enciende una luz? Así podremos llegar a un acuerdo que nos convenga a los dos.

–¿Me creería si le dijera que estoy intentando ahorrar energía?

Cameron sonrió y la tensión en sus hombros empezó a desaparecer.

–No, en absoluto –contestó, bajando el tono de voz para que hiciese juego con el de ella; esa voz ronca, femenina que parecía estar riéndose de él.

De un Kelly ni más ni menos.

Rosie mantuvo las distancias.

No porque el intruso le pareciera peligroso; ella conocía aquel sitio como la palma de su mano y, después de estar mirando las estrellas la mitad de su vida, podía ver en la oscuridad tan bien como un gato.

Mantuvo las distancias porque sabía quién era el intruso.

El hombre de los vaqueros negros, chaqueta de pana, corbata de seda y un chaleco que sólo un tipo elegantísimo se atrevería a llevar, no podía ser otro que Cameron Kelly.

Cameron Kelly, el hombre más guapo del mundo. Inteligente, serio, con unos ojos tan profundos como el océano. De los Kelly de Ascot. La dinastía de inversores y financieros que aparecían día sí y día también en las páginas de sociedad y bendecidos por la naturaleza en todos los sentidos.

Hubiera reconocido esos ojos azules, esos hombros invulnerables y las arruguitas de su cuello en cualquier parte. Porque se había pasado horas y horas mirándolo en la capilla de St. Grellans.

Pero, aunque hubiese encendido la luz, él no la habría reconocido. Ella era la niña con una beca que tenía que tomar dos autobuses y un tren para llegar al colegio desde el humilde apartamento de protección oficial que compartía con su madre. Él iba a St. Grellans por derecho divino.

Después del colegio, naturalmente, no salían con la misma pandilla, pero los Kelly nunca habían estado lejos de su vida. Las revistas decían que el patriarca, Quinn Kelly, había sido visto comprando algún objeto de arte o vendiendo un caballo de carreras, mientras su esposa, Mary, organizaba suntuosos banquetes para algún dignatario extranjero.

Brendan, el mayor y la mano derecha de su padre, que tenía dos hijas preciosas, había perdido a su mujer en un accidente, aportando así un toque de tragedia al folklore familiar. Dylan, el siguiente, era el seductor de la familia, su blanca sonrisa invitando a las lectoras de las revistas a enamorarse perdidamente de él. Meg, la más joven, era tan guapa y tan aburrida como una estrella de Hollywood.

Pero el Kelly por el que Rosie siempre había tenido debilidad

permanecía casi siempre ausente de los ávidos ojos de los paparazzi. Aunque hacía honor a la leyenda de la familia Kelly apareciendo de vez en cuando con alguna novia del brazo: una joven y elegante senadora en una fiesta o una rubia de piernas interminables…

–¿Por qué está aquí si no es para saber de una vez por todas quién ha colgado la luna y las estrellas?

–Calefacción central –respondió él–. Ahí fuera hace un frío horrible.

Ella sonrió, aunque no debería hacerlo. Al fin y al cabo, quince años antes Cameron parecía no ver a las chicas flacas y listas con un color de pelo indefinido y busto inexistente.

Pero ahora estaba lo bastante cerca como para que ella pudiese ver su ceño fruncido mientras intentaba distinguirla entre las sombras.

Rosie dio un paso adelante.

–Hay un bar al otro lado de la calle y me han dicho que sirven cafés.

–Me gustaría tomar un café, pero el calorcito de aquí es más apetecible –murmuró él.

A Rosie se le doblaron las rodillas. ¿Cómo podía aquel hombre seguir siendo capaz de incapacitar sus rodillas sin darse cuenta siquiera? Sin saber su nombre siquiera.

Suspirando, intentó controlar el regreso de un viejo dolor que creía desaparecido: haber crecido siendo invisible.

Al crecer sin un padre, que la había abandonado antes de que naciera, y una madre que nunca lo había olvidado, ser invisible iba con el territorio. Y ser una niña tímida en un colegio saturado con la progenie de millonarios, políticos, magnates e incluso algunos miembros de la realeza europea, no había ayudado mucho.

Pero desde entonces había conseguido un máster en Astrofísica, había corrido delante de los toros en Pamplona, admirado la Esfinge de Gizeh, pasado un mes tomando grappa y aire fresco en Venecia y visto las estrellas desde todas las esquinas del globo. Había aprendido a aceptar quién era y ahora su vida era su vida y no dependía de la opinión de nadie.

Cameron dio otro paso adelante y Rosie levantó los ojos al cielo. Pero, al hacerlo, se le enganchó una pestaña en las lentillas… que era lo que se merecía por tonta.

Mientras parpadeaba furiosamente, se decía a sí misma que aquel hombre ya no era su Cameron Kelly. Aunque nunca lo había sido.

Ahora era el tipo que le estaba haciendo perder los preciosos minutos que le quedaban con el telescopio antes de que Venus, su forma de vida, desapareciese del cielo.

–Bueno, dígame: ¿qué tengo que hacer para que se vaya? –Rosie hizo una pausa, moviendo los ojos para colocar la lentilla en su sitio–. Hablo italiano, inglés y un poco de chino. ¿Alguna posibilidad de que «venga, fuera» en alguno de esos idiomas lo anime?

–¿Y si yo me marchase y apareciese otro?

Ella dejó caer los brazos.

–Pues… me sentaría en una butaca, pondría los pies sobre el respaldo de la de delante y me dedicaría a tirar palomitas de maíz al techo. No sería la primera vez.

Eso lo hizo reír de nuevo, una risa ronca, masculina.

Recordaba perfectamente cómo era su sonrisa: dos hoyitos a cada lado de la boca y unas atractivas arruguitas alrededor de unos preciosos ojos azul oscuro. Incluso tenía el proverbial hoyito en la mejilla.

Porras, hacía mucho tiempo que no recordaba esa parte de su pasado. Era hora de echarlo, antes de que le hiciese recordar otras vidas.

Sabiendo que la seguiría lo llevó hacia la izquierda, hacia la salida.

–Pensé que no estaba interesado en el espectáculo.

–No debería haberme contado lo de las palomitas.

Estaba acercándose y Rosie se daba cuenta de que ella no podía ir mucho más atrás. Entonces miró el reloj de la pared, al lado de la taquilla. Venus sólo sería visible durante quince minutos más. Y si quería terminar el informe del día, tendría que ponerse a trabajar lo antes posible.

–Vaya al cine. Hay mucha más acción.

–¿Más acción que las supernovas y las lluvias de meteoros?

–Oh, los chicos y su amor por las explosiones –suspiró ella–. Menos mal que hay mujeres en el mundo que aprecian los más finos detalles del universo. Debería mirar la luna de vez en cuando; se

quedaría asombrado de lo relajante que es no hacer nada.

–A lo mejor lo hago –dijo él–. Tengo mi propio telescopio.

¡Maldita fuera! No había muchas cosas que la distrajeran, pero incluso un somero interés por la gran pasión de su vida era algo que no podía resistir.

–¿Qué tipo de telescopio?

–De plata. No de plata de ley. Bueno, a lo mejor no es de plata siquiera, pero lo parece.

–Los de plata son los mejores porque el brillo del metal refracta la luz.

–Si quiere que le diga la verdad, lo único que recuerdo son los agujeros negros. Y perdí el sueño más de una vez por su culpa.

Su voz era suave, ronca, sugerente. Los pulmones de Rosie se contrajeron hasta que el aire que quedaba dentro tuvo que salir a borbotones en un suspiro.

Nerviosa, empezó a jugar con una lentejuela de su cárdigan. Había sido cosida a mano por una mujer a la que conoció en Rosarito, México, y que vivía sola en un chamizo hecho de cosas que había ido encontrando en una de las playas más hermosas del mundo.

Eso le recordaba que había viajado, que había estado en sitios y había visto cosas asombrosas. Y que ya no se impresionaba tan fácilmente.

Estar en la oscuridad con Cameron Kelly no debería ser tan emocionante.

–Muy bien. Como no va a quedarse a ver el espectáculo, voy a contarle el final: Plutón ya no es un planeta.

–¿No? –exclamó él, asombrado–. Pobre Plutón. Esta vez fue ella la que rió. Pero entonces se dio cuenta de que la luz del sol empezaba a colarse por el techo, iluminando su piel bronceada, su nariz recta, el mentón cuadrado… y los ojos. Uno ojos que se habían acostumbrado a la oscuridad y, por fin, encontraron los suyos.

Seguramente no podría ver mucho más que un bulto, pero parecía muy interesado.

Miraba su pelo, que seguramente estaría hecho un caos porque lo había llevado suelto, en un moño y en una trenza desde que llegó al planetario antes del amanecer. Miraba el vestido de flores que se

había puesto esa mañana porque fue lo primero que encontró, el cárdigan que estaba tirado en el asiento del coche y las cómodas botas que la habían llevado por todo el mundo y de vuelta a casa de una pieza… pero que no eran precisamente elegantes.

Aunque no pensaba hacerlo, Rosie deseó poder arreglarse el pelo, colocarse el sujetador y pasarse los dedos por los ojos por si tuviera legañas.

Tenía la impresión de que estaba quedándose sin tiempo, pero no recordaba para qué y deseó que se le encendiera la bombilla…

Y ocurrió, de repente.

Los fluorescentes empezaron a encenderse y apagarse como las luces de una discoteca.

Y Cameron sonrió, con sus hoyitos a cada lado de la boca, con las arruguitas que se formaban alrededor de sus ojos, con el hoyito de la mejilla. Y Rosie sintió que de nuevo tenía catorce años y que, de nuevo, era la chica con gafas y ropa de segunda mano que estaba loca por él.

Las gafas habían desaparecido, sustituidas por lentillas y, aunque su ropa seguramente seguía siendo un poco rara, al menos ya no era la niña tímida y apocada de entonces.

Cuando por fin los fluorescentes se encendieron del todo, Rosie clavó los pies firmemente en el suelo.

CAPÍTULO 2

ADELE, pensó Rosie, como si fuera una maldición.

Tenía que ser ella quien había encendido las luces. Adele era su mejor amiga, la astrónoma encargada del planetario, que la dejaba usar el observatorio cuando quería… y la persona a la que más veces deseaba atar y amordazar.

–Ah, una forma nueva de entender el famoso «hágase la luz» –bromeó Cameron.

Su asombrosa visión en la oscuridad no la había preparado para el impacto de esos ojos azules, más azules que los de ningún otro ser humano, más azules que el color azul, rodeados de largas pestañas.

En cuanto al resto de Cameron Kelly…

Los dioses parecían haber decidido que el chico que una vez lo tuvo todo tuviera, además, la suerte de mejorar con el paso del tiempo. Los años habían creado ángulos en su rostro y atemperado la tonta confianza de la juventud, dándole una madurez que parecía envolverlo como una segunda piel.

Y por lo tanto ella, con su vestido ancho, el pelo hecho un asco y las botas de hombre, se sentía como una pordiosera.

–Oye, cariño, ¿seguro que no te estás convirtiendo en una vampira? –la llamó Adele desde la escalera–. ¿Tanta actividad nocturna por fin te ha transformado? Ah, lo siento, no sabía que tuvieras compañía.

Rosie se volvió hacia su amiga, que estaba sonriendo y levantando las cejas como una maníaca mientras señalaba la espalda de Cameron.

–Intentaba convencer a este señor de que el planetario aún está cerrado.

–Cameron –dijo él–. El nombre del señor es Cameron.

Rosie tardó un segundo o dos en darse cuenta de que le estaba ofreciendo su mano y se encontró con una piel endurecida por el trabajo manual…

¿Trabajo manual? Rosie buscó en sus ojos una respuesta a la pregunta pero, por mucho que lo intentase, lo único que podía ver era aquel azul increíble. ¿Porque no quería que ella viera otra cosa

o porque no quería que nadie lo viera?

Cameron Kelly, guapísimo y adolescente, había estado para comérselo. Cameron Kelly con cualidades escondidas era una fuerza de la naturaleza.

–Rosalind –dijo Adele apoyando el trasero en una butaca–. La señorita se llama Rosalind, como el octavo anillo de Urano.

–Como el personaje de *Como gustéis*, la obra de Shakespeare –la corrigió Rosie–. El octavo anillo de Urano no se descubrió hasta 1986.

–En cualquier caso es un placer conocerte, Rosalind –dijo Cameron, haciendo que el anticuado nombre que siempre había sido otro obstáculo para ella sonase precioso, romántico, soñador.

Y se encontró a sí misma irguiendo los hombros para estar a la altura.

Pero luego se dio cuenta de que, aun sabiendo su nombre, no había un brillo de reconocimiento en los ojos de Cameron Kelly.

De modo que volvió a su postura relajada. No necesitaba que un hombre se fijase en ella para sentirse feliz… y no podía creer que tuviera que recordárselo a sí misma.

Pero entonces Cameron dijo:

–Sé que suena muy poco original, pero… ¿nos conocemos?

–Ah, ya –murmuró Adele, irónica.

Rosie fulminó a su amiga con la mirada, pero Adele se limitó a señalar el reloj porque estaban a punto de abrir al público.

Y, como fingir que no sabía de qué estaba hablando sólo la haría sentir más tonta, contestó:

–Pues sí, soy Rosie Harper y fuimos al mismo colegio. Estábamos juntos en la clase de Matemáticas Avanzadas del profesor Blackman.

Aunque ella había pasado más tiempo imaginando cómo sería besarlo que estudiando matemáticas y, por lo tanto, sacó un simple notable que era una seria amenaza para su beca.

Y eso demostró que había heredado de su madre la propensión a enamorarse loca e indiscriminadamente, sin pensar en protegerse a sí misma.

Ahora se protegía tan vigorosamente que incluso un simple resfriado temía acercarse a ella.

–Ah, el mundo es un pañuelo –dijo Cameron–. Pero ya que me he puesto tan cursi, ¿qué tal si…?

Antes de que pudiera terminar la frase, una mujer entró con expresión apurada y Rosie se apartó de Cameron como si fueran dos adolescentes pillados in fraganti.

–Soy la señorita Granger, del colegio Kenmore. Por favor, dígame que los niños pueden entrar. Otro minuto al aire libre y voy a perderlos a todos.

La profesora consiguió sonreír a pesar del estrés. Probablemente porque estaba dirigiéndose directamente a Cameron, que parecía más el jefe con su chaqueta y su corbata que Rosie con su vestido de flores y sus botas.

O quizá era ese factor indefinible que hacía que todas las mujeres acabasen orbitando hacia él. Ella, por lo visto, se acercaba peligrosamente a aquel astro una vez cada quince años más o menos.

Quince años antes Cameron Kelly había sido el chico guapísimo con el que se cruzaba en el pasillo del colegio, pero ahora era un adulto y parecía someramente interesado en ella; lo bastante como para no marcharse.

«Rompe el contacto ocular», se dijo. «Date la vuelta, sal corriendo, lo que sea para dejar de mirarlo ».

–¿Por favor? –insistió la profesora.

Rosie tenía la impresión de que la señorita Granger estaba haciendo ahora una pregunta completamente diferente.

Pero antes de que pudiese decirle que estaba hablando con la persona equivocada, Adele intervino:

–¡Diles que pasen, cariño! ¿Quiénes somos nosotros para rechazar a una horda de niños deseosos de conocer los misterios del universo?

–Tiene toda la razón –sonrió Cameron.

Cuando comenzó la invasión, Rosie mantuvo la mirada fija en los ruidosos escolares, pero no podía evitar la atracción gravitacional de Cameron, su aroma a camisa limpia, a invierno y a piel masculina…

–¡Que nadie ponga los pies sobre las butacas! –gritó Adele.

Y pronto quedaron los dos solos otra vez. Solos, bajo la implacable luz de los fluorescentes que no parecía encontrar un mal ángulo en el rostro masculino.

–Parece que tienes que irte a trabajar –dijo Cameron, con cierta

tristeza.

–No hay descanso para los malvados –murmuró Rosie, permitiéndose a sí misma una última mirada.

Mirar estaba permitido. Mirar cosas grandes y brillantes era su trabajo. Pero, como era mucho más seguro hacerlo a distancia, empezó a alejarse, poniendo así en marcha los siguientes quince años hasta que sus caminos volvieran a cruzarse.

–Encantado de volver a verte, Rosalind –se despidió él.

Rosie le hizo un gesto con la mano y desapareció en la sala de control, desde la que no podía ver si se había dado la vuelta o se había quedado mirándola.

La puerta se cerró de golpe, devolviéndolo a la fría mañana.

Cameron se quedó parado durante unos segundos, dejando que el sol del inverno calentase su cara, saboreando la neblina que el encuentro con una mujer interesante podía inducir en el cerebro de un hombre.

Rosalind Harper, alumna de St. Grellans.

¿Cómo habían podido ir al mismo colegio sin que él se fijara en esa pálida piel, en esos labios tentadores y en ese pelo ondulado que hacía que un hombre quisiera alargar la mano para tocarlo?

Respirando profundamente, Cameron miró su reloj. Y lo que vio allí lo devolvió a la tierra. Y más abajo.

Al mundo de su padre.

Quinn Kelly era un tiburón despiadado que, mucho tiempo atrás, lo había convencido para que escondiese un terrible secreto que, según él, podría destrozar a la familia.

Y Cameron lo había hecho como únicamente sabía: apartándose del negocio familiar. Si su padre era tan poco escrupuloso en los negocios como lo era en la vida privada, que Dios ayudase a los accionistas.

Pero Quinn Kelly, sintiéndose traicionado, le había retirado la palabra; una excusa estupenda para no tener que acudir a las reuniones familiares.

No era fácil mirar a su madre y a sus hermanos a los ojos sabiendo lo que ellos no sabían. Al final, Cameron había trabajado día y noche para hacerse una identidad propia, sin tiempo para

echar de menos lo que ya no tenía o anhelar cosas que habían desaparecido.

De modo que no podía saber si Quinn estaba enfermo. La única forma de saber era preguntárselo directamente.

Y la oportunidad estaba allí, haciéndole guiños como una gran broma cósmica. Su padre cumplía setenta años la semana siguiente y todos los miembros de la familia lo habían llamado para recordárselo. Todos salvo el patriarca, claro.

Pero no pensaba ir. Porque no quería que supiera que, en el fondo y después de todo lo que había pasado, le seguía importando. Metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, se levantó el cuello de la chaqueta para contrarrestar el frío y corrió hacia el aparcamiento. Pero se volvió para mirar la cúpula blanca del planetario por encima de los árboles. Había encontrado allí una distracción extraordinaria. Con su descarada actitud y su atractivo escondido, Rosalind Harper lo había hecho olvidar del trabajo y la familia durante más tiempo del que recordaba.

Mientras se adentraba en el tráfico de la ciudad, alejándose de los árboles y el aire limpio… y de Rosalind Harper con su melena despeinada y su descarada simpatía, de nuevo volvió a sentir aquel peso sobre los hombros.

Que siguiera pensando en ella cinco semáforos después no significaba que se hubiera vuelto blando. Él no era así.

Sus padres llevaban casi cincuenta años casados y, según las revistas, el suyo era un romance de los que hacían época. Incluso habían hecho una miniserie de televisión sobre ellos.

Pero incluso una relación que el mundo creía segura y duradera podría ser otra mentira. De modo que Cameron tenía serias dudas sobre el amor.

Por otro lado, la compañía de chicas sin complicaciones podía hacer maravillas por un hombre. Una relación con la promesa de que no hubiera promesas.

Rosalind Harper había sido una distracción extraordinaria y él tenía experiencia suficiente como para saber que bajo aquel exterior burlón, no era inmune del todo. Habían saltado chispas entre los dos.

Cameron pisó el acelerador, abriéndose paso entre los coches. Pero se daba cuenta de que para poder soportar la semana siguiente

con cierta tranquilidad, una distracción era exactamente lo que necesitaba.

Esa tarde, después de echarse una siesta para compensar la falta de sueño, Rosie se sentó en los escalones de metal de su morada: una caravana de segunda mano con una cama y un cuarto de baño.

Mientras tomaba un café, miró las hectáreas de terreno que le pertenecían sobre el valle de Samford, a veinticinco minutos de la ciudad.

En cuanto vio aquel sitio se enamoró de él. La ondulante parcela había permanecido verde durante la sequía gracias a un arroyo que la cruzaba y estaba cubierta de una hierba tan alta que, si uno se tumbaba, podría no volver a ser visto jamás. Un bosque de jarrahs la separaba de la carretera y, en la distancia, estaba la bahía de Moreton.

Pero era el paisaje sobre su cabeza lo que la había conquistado.

El cielo allí, sin las luces de la ciudad, sin humo, era completamente diferente. Sólo el azul interminable de día y, en las noches claras de invierno, la Vía Láctea proyectándose sobre su parcela.

Rosie se abrazó las rodillas, disfrutando del canto de los pájaros que anunciaba la llegada de la noche.

Una semana antes, su horario de trabajo empezaba cuando Venus iniciaba su paseo por el cielo, enmascarándose como una estrella. Ahora que Venus hacía su paseo por la mañana y Rosie tenía que levantarse tan temprano, no sabía qué hacer por las tardes.

Pero aquella tarde no tenía ningún problema para ocupar el tiempo porque no dejaba de pensar en su encuentro con Cameron Kelly: en cómo llevaba parte del cuello de la chaqueta levantado, como si hubiera salido de su casa a toda prisa. O cómo parecía seguir sin saber qué hacer para que el flequillo no le quedara tieso en todas direcciones. Cómo había sentido su sonrisa incluso cuando no podía verlo o cómo su piel parecía vibrar después de escuchar su voz…

Rosie suspiró profundamente, pensando que al menos aquella noche tendría dulces sueños.

Su trasero empezó a vibrar de repente y, al darse cuenta de que era el móvil que Adele le había obligado a comprar cuando volvió a Brisbane, lo sacó del bolsillo y pulsó una docena de botones hasta que dejó de hacer ese ruido infernal.

–¿Sí?

–Hola –era Adele. Qué sorpresa.

–Hola, chica.

–Tengo a alguien en la otra línea que quiere hablar contigo, así que no cuelgues.

–Adele… –empezó a decir Rosie. Pero enseguida se dio cuenta de que su amiga la había puesto en espera–. Voy a tirar el móvil al río si no…

–Rosalind –oyó entonces una voz masculina.

Rosie irguió los hombros.

–¿Cameron?

–¿Me has conocido? Ah, qué impresionante. ¿Te han dicho las estrellas que iba a llamar?

–Te estás refiriendo a la astrología, no a la astronomía.

–¿Hay alguna diferencia?

–Más bien sí.

–¿Eres astrónoma entonces?

–Eso es lo que dice mi título.

–Ah, al principio pensé que te dedicabas a vender entradas en el planetario, pero como no parecías interesada en venderme una decidí que la tuya debía de ser otra ocupación.

–¿Qué ocupación?

–Bueno, en realidad era una especie de sueño imposible. Pero no nos conocemos lo suficiente como para que te hable de ello.

Rosie tragó saliva, nerviosa.

–¿Qué quieres, Cameron?

–Sólo quería decirte que lo he pasado muy bien esta mañana.

–Ah, entonces te quedaste a ver el espectáculo. Me alegro por ti.

–No, no me quedé.

Rosie arrugó el ceño. ¿Llamaba para decir que lo había pasado bien hablando con ella? Ah, eso sí que era inesperado.

–No pude quedarme. Los agujeros negros, ya sabes.

Ella rió, aflojando un poco la presión en el móvil, que parecía a punto de partirse en su mano.

–Se me había olvidado.
–A mí no.
–Lo de esta mañana podría haber sido una oportunidad para perder el miedo. Ya que estabas allí…
–Ya, pero es que yo no suelo hacer lo que debería hacer.
Primero las manos callosas y ahora esa vena rebelde. ¿Dónde estaba el Cameron Kelly que ella conocía y qué había hecho aquel tipo con él?
–Estabas en el curso de Meg en St. Grellans –dijo Cameron entonces.
De modo que había estado preguntado por ella…
–Eso es.
–¿Y desde entonces qué has hecho?
–Pues… viajar, estudiar, pagar la hipoteca, ver un poco la televisión. ¿Y tú?
–Lo mismo.
–¡Ja! –exclamó Rosie. No podía imaginar a Cameron Kelly tirado en un sofá de segunda mano viendo episodios de *Dinastía* en una televisión de doce pulgadas.
–¿No tienes hijos? –preguntó él–. ¿Ni un novio que te dé masajes al final del día?
Rosie ni siquiera se molestó en soltar un bufido. Estaba demasiado ocupada intentando no imaginarlo tirado en la cama.
–Ni hijos ni novio. Y lo peor: nada de masajes.
–No me lo creo.
–Créelo.
Él rió y Rosie tuvo que sonreír.
–Pero tu profesión debe de estar llena de hombres. ¿Cómo es que no has sucumbido a las zalamerías de algún astrónomo con un cerebro del tamaño de Australia?
–No me siento atraída por los grandes cerebros –admitió Rosie.
–Ah, claro, y no debe de ayudar nada que la mayoría sean aficionados de *Star Trek*.
–Un momento. Yo puedo meterme con mis compañeros, tú no.
–¿Me he metido con ellos?
–Has querido decir que todos los astrónomos son unos empollones aburridos.
–¿Y no lo son?

Rosie se puso una mano sobre el corazón y descubrió que latía a una velocidad que no podría considerarse ni sana ni normal.

–¿Te das cuenta de que también estás diciendo que yo soy una empollona aburrida?

–Sí, eres una empollona.

Eso la dejó boquiabierta. No porque fuese un insulto, sino porque parecía querer decir que no le molestaba en absoluto que lo fuera.

–Rosalind –dijo Cameron entonces, con un tono que la hizo desear dar un golpe de melena y pasarse la lengua por los labios en un gesto sugerente.

–¿Sí? –suspiró Rosie sin poder evitarlo.

–Sé que es muy tarde, pero quería saber si tenías planes para cenar.

«Pues sí», pensó ella, «una tostada con queso».

–Porque yo no he cenado y, si tú tampoco lo has hecho, lo más sensato sería que cenáramos juntos.

Ay, ay… ¿qué?

¿Cameron Kelly estaba pidiéndole que saliera con él?

CAPÍTULO 3

ROSIE miró al cielo, esperando ver un elefante rosa volando, pero lo único que vio fue el brillo anaranjado del atardecer.

Para que la sangre circulase por todos los sitios por los que debía circular, y no sólo en las zonas donde parecía haberse estancado, se levantó y empezó a caminar, pasando las manos por la alta hierba.

Cenar con Cameron Kelly.

Para la mayoría de las chicas sólo habría una respuesta a esa petición. Cameron era guapísimo y no podía negar que seguía sintiéndose atraída por él. Y luego estaba la fantasía de liarse con su amor de la adolescencia. Una de las «invisibles» conectando con uno de los «imposibles».

Pero Rosie no era como la mayoría de las chicas. Normalmente salía con hombres poco complicados, libres, de los que podía despedirse sin problemas. No con hombres que la mareaban. No, a ella le gustaba tener la cabeza en su sitio.

Y sólo se había saltado esa regla de oro con el recorte a tamaño natural de un actor de cine que Adele había robado en la puerta de un videoclub para ella el día que cumplió diecisiete años. Era guapísimo, no replicaba, nunca le quitaba el mando de la tele, no dejaba levantada la tapa del inodoro, no molestaba nunca, no la abandonaba…

Su madre, que era la definición perfecta de «las demás chicas», se había enamorado del hombre equivocado; un hombre que creyó que la amaría para siempre y que la había dejado con una permanente expresión de sorpresa, como si el mundo le produjera un enorme asombro del que no se recuperó nunca.

Después de años de pensar y estudiar el asunto, Rosie tuvo un momento de lucidez y decidió que la única manera de que eso no le pasara nunca era salir siempre con los hombres equivocados, aquéllos que por una razón u otra jamás se comprometerían. Así podía disfrutar saliendo con ellos sabiendo que, de manera infalible, la relación terminaría. Y que cuando así fuera no se llevaría un disgusto.

De vuelta a Cameron Kelly. Era guapísimo, sí. Y encantador. Pero bajo esa imagen encantadora había algo sombrío, oscuro, algo

que pretendía esconder de los demás. Resultaba fascinante, pero no había manera de tomarlo por un hombre en busca de amor.

Y ella no cometería el error de enamorarse de Cameron, no lo convertiría en su hombre ideal.

–Sigues ahí, ¿verdad?

–Intento decidir si me apetece salir a cenar.

–Tienes que comer algo, ¿no? –el sonido de su voz hizo que la tostada con queso se esfumase–. Podemos recordar la comida de la cafetería del colegio, los malos cortes de pelo, a los profesores…

–¿Cuándo has llevado tú un mal corte de pelo?

–¿Quién ha dicho que esté hablando de mí?

–¿Sabes una cosa? No recuerdo que fueras tan burlón en el colegio.

–Cena conmigo y haré lo posible por recordarte lo malo que soy.

A Rosie empezaron a temblarle las manos y, nerviosa, las pasó por la pernera del pantalón.

–¿Dónde iríamos?

–Donde tú quieras: pollo frito, chocolate, judías rehogadas, lo que tú quieras. Tú eliges.

–¿Judías rehogadas?

Rosie sintió que sonreía y, aunque no pudiera verlo, se le encogió el estómago. Pero ahora que se había reconciliado con la atracción que sentía por él era… maravilloso. Un poco alocado, pero podía controlarlo. No iba a pasar nada.

–No quería imponerte mis gustos carnívoros. Podrías ser vegetariana… incluso de ésos que no comen pescado siquiera.

–Me alegra saber que te he dado esa agradable impresión.

–La impresión que me has dado es estupenda –bromeó él.

–Pues imagina que soy la chica más flexible que hayas invitado a cenar en toda tu vida.

–Entonces conozco un sitio perfecto. Es tan informal que prácticamente se puede ir en pijama. Y hacen las mejores quesadillas que te puedas imaginar.

–Queso frito al estilo mexicano, ¿eh?

Qué ironía.

–Parece que he fracasado al intentar impresionarte con mis conocimientos de cocina internacional. Vaya, tendré que hacerlo mejor.

–Y yo supongo que la cena es una forma de compensar tu bromita sobre la astrología.

–Admito que no era muy graciosa.

–Y tampoco muy original.

Él rió de nuevo, el sonido colándose por el teléfono hasta su espina dorsal.

El tono distante de una campanita de alarma sonó en su cerebro, pero Rosie tenía confianza en él y en ella misma.

–Muy bien, vamos a cenar entonces.

Después de quedar una hora más tarde en la dirección que Cameron le había dado, se despidieron.

Pero cuando cortó la comunicación se dio cuenta de que le temblaban las rodillas y, dejándose caer sobre un escalón de la caravana, Rosie miró hacia arriba.

Las nubes se habían movido, el color del cielo se había vuelto más naranja y ya empezaban a aparecer algunas estrellas. Y, sin que se diera cuenta, también se había movido el suelo bajo sus pies.

El mundo siguió moviéndose hasta que la noche cayó sobre Brisbane. Afortunadamente, el tráfico había disminuido un poco y Rosie, a toda prisa, se puso la chaqueta mientras salía del coche. Llegaba tarde a su cita.

Un minuto después, el maître del Red Fox le indicaba el camino hasta una mesa al otro lado del bar.

Cameron le había dicho que el sitio era tan informal que podrían ir en pijama, pero no era verdad. Era un sitio alegre, moderno, lleno de hombres que se ponían más cosas en el pelo que ella y mujeres con las últimas creaciones de los diseñadores europeos. Mientras ella había estado en tantos sitios sombríos en su vida que podría escribir un libro, Cameron por lo visto seguía siendo un Kelly.

Nerviosa, se pasó una mano por el pelo, deseando haberse hecho un moño o habérselo cortado en los últimos seis meses, y pidió disculpas mientras empujaba a un grupo de jóvenes.

Y entonces lo vio, sentado a la cabecera de una ruidosa mesa llena de ex estudiantes de St. Grellans.

Chicos a los que regalaban deportivos cuando cumplían dieciséis años mientras ella tenía que fregar platos después de clase para

ayudar a su madre. Chicos que se saltaban las clases para ir de compras pero que, curiosamente, habían conseguido ingresar sin problema en las mejores universidades mientras ella había tenido que matarse a estudiar. Chicos que no la habían mirado dos veces cuando, después de haber sido aceptada en St. Grellans, Rosie había esperado que, al fin, alguien se fijase en ella.

Ahora no entendía por qué había pensado que cenar con Cameron Kelly era una buena idea. Ponerse brillo en los labios, atravesar una nube de perfume, ponerse su mejor conjunto de ropa interior… qué tontería.

Varios pares de ojos estaban clavados en ella y no sabía qué les gustaba menos: ver que seguía sin tener busto o el símbolo de la paz impreso en su camiseta negra.

Pero no eran ellos los que la preocupan, sino Cameron. Estaba de pie, mirándola con tal intensidad que casi fue suficiente para lanzarla hacia él como un objeto cayendo del cielo.

Casi, pero no del todo.

Era guapísimo y había sido su sueño adolescente, pero no tenía la menor intención de hacer el pino para que se fijase en ella.

De modo que, encogiéndose de hombros a modo de disculpa, se dio la vuelta para salir del restaurante.

Cameron se abrió paso entre la gente que abarrotaba el restaurante y, una vez en la acera, miró a derecha e izquierda. Y entonces la vio, como un pájaro exótico entre los paseantes nocturnos. Con los vaqueros, los zapatos planos, un cárdigan atado a la cintura, el pelo largo balanceándose por su espalda. Todo en ella libre y alegre, sin pretensiones.

Y, como aquella mañana, tenerla cerca hacía que el peso del mundo fuese problema de otro.

–¡Rosalind, espera! ¿Dónde vas?

–¿Me creerías si te dijera que, de repente, he perdido el apetito?

–Ni aunque me dieras un golpe en la cabeza.

Rosalind siguió caminando y Cameron la siguió. Nunca había tenido que luchar tanto para cenar con una mujer. De hecho, nunca había tenido que esforzarse en absoluto para hacer nada con una mujer. Y, para ser una simple distracción, Rosalind estaba siendo

más difícil de lo que había anticipado.

Pero él era perseverante y no pensaba dejarla en paz. El esfuerzo de la caza sólo hacía que su aroma a vainilla le pareciese más embriagador, su piel más tentadora, la necesidad de estar con ella esa noche más trascendental.

–Rosalind…

–¿Es que no puedo cambiar de opinión?

–Sin una explicación lógica, no.

Ella se mordió los labios y Cameron se encontró mirándola como transfigurado. E imaginando que la tomaba entre sus brazos y la besaba hasta que las oscuras nubes que enturbiaban su cerebro desapareciesen del todo.

–¿Vas a decírmelo o no?

–Cuando me invitaste a cenar pensé que querías decir los dos solos. De haber sabido que iba a ser una reunión escolar te habría dicho que tenía que lavarme el pelo o algo así.

Cameron vio a uno de sus ex compañeros en la puerta, supuestamente ligando con una chica. Pero sabía que estaba allí para informar a los demás. Su mundo era excesivamente cerrado, todos parecían tener derecho a saberlo todo sobre los demás.

Y por eso aquella chica, una extraña, con su refrescante candor y su espíritu libre, era justo lo que necesitaba.

Pero cuando se volvió, Rosalind había cruzado los brazos y lo miraba con cara de pocos amigos. Tenía los ojos de color gris… gris mercurio a la luz de las farolas. Pero en ellos vio que estaba buscando una excusa para estar con él y no al revés.

–Te invité a cenar porque sabía que lo pasaríamos bien y elegí este sitio porque es el mejor restaurante mexicano de la ciudad. Y en cuanto al grupo… no tenía ni idea de que estuvieran aquí, te lo aseguro. Hacía siglos que no veía a la mitad de ellos. Hubiera sido más sensato por mi parte evitarlos, pero uno de ellos es abogado laborista y, como soy un adicto al trabajo, vi una oportunidad para hablar de negocios. Ésa es toda la verdad, palabra de boy scout.

–¿Cuándo has sido tú boy scout? –se burló Rosalind.

Cameron soltó una carcajada.

–Está en mi lista de cosas que hacer.

Ella lo miró durante unos segundos hasta que, por fin, se encogió de hombros.

–Muy bien.

Cameron se quedó unos segundos más disfrutando de su aroma, de las suaves curvas bajo la chaqueta. Incluso pensó sugerir que pasaran de la cena.

Pero debía controlarse, pensó. El autocontrol separaba a los niños de los hombres y a Cameron de ser como su padre.

De modo que hizo lo que pudo para poner un pie delante de otro, sin dejar de mirar el suave contoneo de sus caderas mientras volvían al Red Fox.

–Espera, voy a buscar mi chaqueta. Luego buscaremos otro sitio para cenar.

–¿Después del tiempo que has pasado convenciéndome de que aquí tienen las mejores quesadillas de la ciudad? No, de eso nada.

Bueno, pues le había salido el tiro por la culata. Lo único que quería era estar con ella, a solas. Y ahora tendrían que quedarse con los amigos de Dylan y Meg, que sabían lo suficiente sobre él como para querer charlar, pero no tanto como para saber qué temas debían evitar.

–Hay un restaurante cerca de aquí donde puedes elegir la langosta que más te guste.

Ella negó con la cabeza.

–¿Segura?

–¿Es que una chica no puede cambiar de opinión… dos veces? –lo retó ella.

–Claro, muy bien. Entonces entraremos, saludaremos amablemente a todo el mundo y le pediremos otra mesa al maître… lo más lejos posible de ellos.

¿Suena bien?

–Suena estupendo.

–Aunque debo advertirte: seguro que nos tiran patatas fritas y nachos. Si tenemos suerte, no los habrán mojado antes en guacamole.

–A mí me gusta el guacamole.

Y a él le gustaba su perfume. Y sus labios. Y, sobre todo, le gustaba que cuando estaba con ella no podía pensar en otra cosa.

–Entonces pediremos guacamole.

Cameron tomó su mano y, como si eso hubiera sido lo que estaba esperando, ella entrelazó los dedos con los suyos.

Y el roce lo excitó tan rápido que cualquiera pensaría que había sido un monje durante los últimos treinta y dos años.

–Relájate –le dijo, al ver que estiraba los hombros, como preparándose para una pelea–. No te van a morder. Aunque, por si acaso, espero que estés vacunada.

Rosie intentó apartarse un poco, pero la gente no dejaba de empujarla.

–La verdad es que no los conozco. Bueno, la verdad es que apenas te conozco a ti… –dijo ella.

Cameron se detuvo entonces, una cabeza por encima de los demás, los hombros más anchos y más capaz de hacer temblar a una mujer con una sola mirada que cualquier otro hombre que hubiera conocido.

–¿Qué quieres saber?

–¿Qué?

–Dices que no me conoces. ¿Qué quieres saber de mí?

–No sé… cuéntamelo tú.

–Me llamo Cameron Quinn Kelly. Signo astral: Aries. Estatura: un metro ochenta y ocho. Peso… desconocido. Me gusta el críquet más de lo que algunos consideran natural y puedo pasarme horas en una ferretería sin gastarme un céntimo y jamás lo consideraría una pérdida de tiempo. Compro demasiadas cosas inútiles en E-Bay porque una vez comprometido con una puja no soporto perder. No me gusta reconocer que mi sitio favorito de vacaciones es Las Vegas, pero no me avergüenza en absoluto decir que lloré con *El club de los poetas muertos*.

Rosie respiró profundamente. ¿De verdad era posible que un hombre le gustase tanto después de tan sencilla explicación?

–Se te ha olvidado tu color favorito.

–El azul.

Ah, claro. La camisa azul hacía juego con sus ojos. Y le quedaba tan bien que tenía serios problemas para recordar qué más había dicho.

–¿Suficiente?

Rosie tragó saliva.

–Es más de lo que sé sobre mi cartero, por ejemplo, y a él le regalo siempre una caja de cerveza en Navidad.

Cameron sonrió.

–Antes de soltarte entre mis amigos, a lo mejor también yo debería saber algo más sobre ti.

Rosie tiró de los dos lados del pañuelo que llevaba al cuello.

–Rosalind Merryweather Harper. Signo astral: Tauro. Mido un metro setenta y siete y mi peso no te concierne.

Cameron la miró de arriba abajo, con una sonrisa que, tontamente, la hacía pensar en sábanas limpias, iluminación suave y café por la mañana.

–¿Merryweather?

–No me interrumpas –sonrió Rosie–. ¿Por dónde iba? Ah, sí, he estado dos veces en Nevada, pero nunca he ido a Las Vegas ni tengo intención de hacerlo. Con tantas luces, tiene que ser uno de los sitios del planeta donde menos estrellas se ven. Mi placer oculto son las películas de Elvis Presley y nací con siete dedos en cada pie.

Él miró hacia abajo, perplejo.

–Era una broma, tonto.

Antes de mirarla a los ojos de nuevo, Cameron se tomó su tiempo viajando por ese metro setenta y siete de mujer.

–¿Ya estás satisfecha?

–Más o menos. Pero estoy casi segura de que alguien me prometió una cena.

–Y yo estoy casi seguro de que es verdad.

Un segundo después se acercaban a la mesa de los ex alumnos de St. Grellans. Rosie reconocía un par de caras: el capitán del equipo de fútbol, una chica que era hija de un ex primer ministro…

–¿Crees que para algunos de ellos el colegio fue el mejor momento de sus vidas?

–¿Lo fue de la tuya?

Rosie lanzó un bufido.

–De verdad no te acuerdas de mí, ¿eh?

Su silencio fue respuesta más que suficiente.

–¿Tú sí te acuerdas de mí?

Y Rosie pensó que lo mejor sería dejar que su silencio hablase por sí mismo.

CAPÍTULO 4

UNA hora y media después, frente a los restos de un plato de nachos con crema agria, Rosie se sentía sorprendentemente serena.

Cameron era hablador, divertido, atento. Y no dijo nada cuando pidió un segundo plato de quesadillas.

Eso cuando los de la otra mesa los dejaban en paz.

Prácticamente todos habían pasado por allí para saludarlos, como si Cameron fuera una especie de capo mafioso. Y Tabitha se paraba cada vez que tenía que ir al lavabo. Pero durante esos momentos, Cameron sujetaba su copa con tal fuerza que se le ponían los nudillos blancos.

Luego, cuando lo tenía otra vez para ella sola, era un hombre diferente. La oscuridad desaparecía, las nubes se disipaban. Ésa era la razón por la que se había tragado el orgullo para entrar en la guarida del dragón.

Al final, se alegraba de haberlo hecho. Aunque no ocurriese nada más, matar algunos de los dragones de su adolescencia merecía la pena. Aunque le hubiera gustado que la pandilla desapareciese para poder estar a solas con Cameron Kelly.

–¿Te alegras de haberte quedado?

–Tenías razón sobre las quesadillas. Y si ponen otro plato delante de mí, te aseguro que no voy a decir que no.

–Me alegro –sonrió Cameron–. Bueno, y ahora la verdadera razón por la que te he invitado a cenar: ¿cuándo vas a hacerme la carta astral?

Rosie iba a darle una palmadita en la mano, pero él sujetó la suya, moviendo los pulgares arriba y abajo, como una caricia.

Carraspeando, Rosie se apartó, recordándose a sí misma que debía mantener los pies en el suelo.

–Pon atención porque no voy a decírtelo dos veces: soy científica, no lectora de cartas. Estudio la luminosidad, la densidad, la temperatura y la composición química de los objetos celestiales. Mi especialidad es Venus, el único planeta, junto con Mercurio, que se puede ver en el cielo cuando se pone el sol o cuando amanece. Soy una autoridad en ese campo y, si no tienes cuidado, uno de estos días me pondré tonta y me sentiré ofendida.

Cameron la miró a los ojos, aparentemente serio.

–Entonces dime: ¿estamos solos en el universo?

Rosie volvió a reír.

–Lo dirás de broma.

–Estoy interesado en tu opinión.

–En todos mis años estudiando las estrellas nunca he visto nada que no pudiera explicar. Pero me sentiría como una tonta si rechazase la idea de que ahí arriba puede haber algo más. El universo es un sitio enorme y misterioso.

Cameron dio un golpe en la mesa.

–¡Ya sabía yo que todas esas historias sobre OVNIS no podían ser falsas!

Rosie le tiró la servilleta a la cara, pero él la agarró a tiempo. Y después se quedaron mirándose como un par de bobos.

Una hora después, cuando Tabitha se sentó en la esquina de la mesa y empezó a recordar las bromitas de Dylan en el colegio y la lista de novios de Meg, Cameron decidió que ya era suficiente.

La fabulosa distracción que era Rosalind Harper sólo funcionaba cuando Tabitha no le recordaba la vida que estaba intentando dejar atrás. Además, estaba harto del público. Quería estar a solas con ella.

Cuando señaló la puerta con la cabeza, los ojos grises se animaron.

–Tabitha, Rosalind y yo tenemos que irnos.

–¿Seguro? Es que ya no te veo nunca. Meg dice que siempre estás muy ocupado con el trabajo, pero…

–Sí, absolutamente seguro. Tenemos que irnos inmediatamente.

Rosalind, que era una buena compañera, asintió con la cabeza.

–A lo mejor nos vemos en la fiesta de tu padre este fin de semana… si puedes dejar de trabajar un rato –sonrió la joven–. Bueno, Rosalind, ha sido un placer. Saludaré a Meg de tu parte… de parte de los dos.

Cuando Tabitha desapareció, Rosie dejó caer la cabeza sobre la mesa, los brazos colgando a los lados. Riendo, Cameron le hizo un gesto a la camarera.

–¿Por qué no hemos ido a cenar a otro sitio?

–Las quesadillas.

–Ah, es verdad. Y debo admitir que apenas nos han tirado patatas fritas.

Estaba sonriendo, esa boca tan sensual atrayendo su mirada como la luz de un faro en una noche de tormenta. Y estaba a punto de decírselo cuando llegó la camarera con la cuenta.

–No, deja –dijo ella, sacando su monedero.

–De eso nada. Hoy invito yo. Deja que me porte como un caballero, por favor… la verdad es que no puedo hacerlo a menudo.

Fue el «por favor» lo que la convenció.

–Está bien, de acuerdo. Pero yo pongo la propina.

–No te molestes, ya he añadido un quince por ciento.

–¿Por qué un quince y no un veinte?

–Un quince es lo normal.

–Pues no debería ser lo normal. Los propietarios de restaurantes se aprovechan para no pagar lo que deben a los empleados, así que deberíamos dejar un veinte.

Cameron parpadeó. Directa, obstinada y beligerante. Intentó reconciliar esa imagen con la juguetona y desinhibida chica que había conocido en el planetario, pero le costaba trabajo.

¿Qué más daba?, se dijo. Fuera lo que fuera, estaba funcionando.

–¿Cuánto es entonces…?

–Catorce con noventa –dijo Rosalind, dejando un billete de veinte dólares sobre la mesa–. Ah, lo siento, me he adelantado.

–Empollona.

–Vámonos antes de que vuelva Tabitha.

–Buena idea.

Cameron se acercó tanto como le era posible, en parte para protegerla de la gente pero, sobre todo, porque le gustaba hacerlo.

–¿Y ahora qué? –le preguntó Rosalind, una vez en la calle.

–Tú eliges. ¿Dónde quieres que vayamos?

–Podríamos ir a tomar un postre.

La imagen de Rosalind Harper cubierta de chocolate era tan excitante que Cameron pensó que no la olvidaría nunca.

Cameron señaló unos taburetes en el patio de la heladería Bacio, en South Bank, y Rosalind se sentó, con las rodillas juntas y los

tobillos separados, para tomar su helado de nueces con canela.

Él había pedido vainilla. Llevaba todo el día pensando en ello.

Mientras el rico sabor se derretía en su lengua, miró los tres rascacielos que él mismo había construido al otro lado del río y los espacios vacíos que pronto se llenarían con sus incomparables monolitos.

–Menuda vista, ¿verdad?

Rosalind levantó los ojos al cielo.

–No, noventa grados más abajo –dijo Cameron, señalando el brillo de un millón de paneles de cristal–. Es la vista más hermosa de la ciudad.

–Yo veo cajitas dentro de cajas más grandes. Nada de aire, nada de encanto.

–Yo me dedico a construir esas cajas. Levanto rascacielos para ganarme la vida.

Rosie se volvió para mirarlo.

–Ah, perdona.

–Disculpa aceptada.

–Pero…

–¿Sí?

–Algún día, en un futuro cercano, alguien como tú se dedicará a tirar esos rascacielos para levantar otros más grandes. ¿No te parece un esfuerzo baladí?

Cameron soltó una carcajada.

–Eres directa, ¿eh?

–Cuando era adolescente, la única posibilidad de hacerme oír era decir algo impactante.

–Ya veo. ¿Mucha familia?

–¿Como la tuya? No, no. Mi madre y yo no íbamos a esquiar ni encendíamos juntas las luces del árbol de Navidad delante de la prensa –rió Rosie–. Mi madre limpiaba casas para ganarse la vida y no recuerdo que cenásemos juntas ni cinco veces siquiera. En general, ella tenía otras cosas en la cabeza.

Cameron la miró, muy serio, pero ella estaba sonriendo. No pedía compasión, sencillamente contaba la verdad, sin adornos.

A él, el hombre más desconfiado de la tierra. Los secretos que guardaba lo habían obligado a ser reservado toda la vida. Hasta tenía tres contables para que nadie supiera dónde guardaba todo su

dinero.

Rosalind no escondía nada. Ni sus pensamientos, ni su pasado, sus faltas, sus problemas. Y Cameron se preguntó cómo sería ser tan transparente, dejar que los otros decidieran si les interesabas o no, sin hacer nada para empujarlos.

A él sí le interesaba. Mucho. Pero, aunque se sentía atraído por ella y aunque lo hacía reír más que ninguna otra mujer, seguía siendo reservado.

–¿Esperas que te convenza de lo difícil que fue mi infancia?

–No, no. Yo no tengo ninguna expectativa sobre ti –suspiró ella.

Y, así, de repente, los dos se pusieron tensos. Fue tan repentino, tan fuerte, que Cameron sintió el deseo de apartarse. Pero la hebra invisible que los ataba desde el principio no quería romperse.

Y por fin entendió cuál era esa hebra.

Había querido convencerse de que Rosalind era simplemente una chica divertida, pero debería haber sabido desde el principio que eso no sería suficiente para interesarlo. Bajo la melena estilo Boticelli, la lengua sin censura y la ropa hippy, la vena seria de Rosalind Harper era como un río profundo.

Sin duda habría más discusiones y, sin duda, tendría que evitar más de una vez hablar de ciertas cosas.

A menos que se fuera en aquel mismo instante.

Pero entonces sus ojos encontraron los de Rosalind; la luz de la luna reflejándose en sus iris plateados. ¿Quién era aquella mujer?

Sin preguntarse si debía hacerlo o no, Cameron alargó una mano para apartar un mechón de pelo de su cara. Era tan suave como había imaginado, espeso, sedoso.

Un segundo antes estaba dispuesto a marcharse. Ahora deseaba besarla con todas sus fuerzas.

Pero Rosalind se volvió para mirar el río.

–¿Soy yo o acabamos de tener un momento tenso? –preguntó ella.

–No, no eres tú.

–No estaba intentando impresionarte.

–Ya me lo imagino.

–Menos mal –rió Rosalind–. Ninguno de los dos es perfecto entonces.

Cameron tuvo que reír con ella. Era la mejor manera de aliviar

la tensión. En público, claro.

–Y hablando de no ser perfecto…

Después de meter la servilleta en el cartón de helado, lo tiró a una papelera.

–¿Por qué has hecho eso?

–Porque tengo la impresión de que voy a necesitar las dos manos para defenderme.

Rosalind soltó una carcajada.

–Venga, vamos –dijo él–. Puedes soltarlo mientras estoy en estado de shock.

–Muy bien: compartir historias familiares debería ser una conversación normal en una cita.

–Yo prefiero hablar de cine, de literatura, de trabajo… y un par de frases con doble sentido tampoco estarían mal.

–Ya, claro –sonrió ella–. Pero la gente es algo más que las películas que ven. Todos tenemos defectos, cometemos errores. Hacemos lo que podemos con las circunstancias que nos han tocado. ¿Por qué no decir la verdad entonces? Yo admito que no tengo buen gusto para vestir, mi padre nunca ha formado parte de mi vida, mi madre no estaba capacitada para ser madre, no sé cocinar… bueno, te toca a ti.

Cameron apartó la mirada, anclándose en la integridad de cemento y acero que había frente a él, de ingeniería y bellas formas. Todo lo demás que una vez había creído cierto resultó ser tan real como los monstruos bajo la cama.

–¿Quieres que me confiese?

–No… sí, no sé. Pero si supiera que tienes algo que confesar, resultarías menos apabullante.

–¿Me encuentras apabullante?

Rosie levantó una ceja.

–Deja de cambiar de tema. Yo te he dado los titulares de mi vida, ahora cuéntame algo de la tuya antes de que empiece a pensar que soy una bocazas.

Era estupenda, pensó Cameron. Su testosterona luchaba contra el sentido común y era evidente que la primera estaba ganando.

De modo que estiró las piernas y metió las manos en los bolsillos del pantalón, respirando profundamente. Lo único que sabía era que cuando entró en el jardín botánico esa mañana estaba buscando la

verdad. Y la había encontrado a ella.

Tal vez lo lamentaría, tal vez no era lo más sensato contarle la verdad… pero no pudo evitarlo.

–¿Qué pensarías si te dijera que llevo todo el día convencido de que mi padre está gravemente enfermo y me lo he guardado para mí mismo?

CAPÍTULO 5

EN CUANTO lo hubo dicho deseó retirarlo. Rosalind debería estar distrayéndolo para que no pensara en el canalla de su padre, no induciéndolo a pensar en él.

–¿Eso era lo que esperabas escuchar?

–No, más bien esperaba que me contases que cantas en la ducha –sonrió Rosalind. Pero su voz era ronca, cálida–. Háblame de tu padre.

Él se pasó una mano por el pelo.

–Preferiría hablar de otra cosa.

–Oye, que yo no me paso el día mirando las estrellas. Sé quién eres y entiendo que te resulte difícil confiar en los demás, pero te aseguro que puedes confiar en mí. Nada de lo que me cuentes saldrá de aquí, te lo prometo.

Cameron se preguntó entonces qué había sido de la promesa de no hacer promesas.

–A menos que quieras hablar de fútbol… –siguió ella.

Estaba sonriendo, animándolo, siendo amable. Cameron no podía hablar de su familia; no podía hablar con sus amigos o compañeros de trabajo. Y, aparentemente, la única persona que podía distraerlo de sus problemas podría ser también la única que lo ayudase a enfrentarse con ellos.

–Mi padre salió en televisión esta mañana, hablando del precio del petróleo, de la crisis de la vivienda y cosas así. Y, por supuesto, estuvo coqueteando con la presentadora. Nada fuera de lo normal. Pero, por primera vez en mi vida, mi padre me pareció… pequeño.

–¿Pequeño?

–Ahora que lo he dicho en voz alta suena ridículo –suspiró Cameron–. Mira, ¿por qué no lo dejamos? No tenemos por qué hablar de mí.

–¿Ah, no?

–Podemos hablar de zapatos, de laca de uñas, de chocolate…

–Yo quiero hablar de ti. Preocuparte por tu padre no es ridículo, es humano. ¿Y sabes una cosa? Además, te pega.

–¿Me pega preocuparme?

–Ser humano –sonrió Rosalind–. Suaviza un poco esa pinta de

superhombre.

Cameron se pasó una mano por el mentón mientras miraba a la extraordinaria mujer que tenía a su lado.

–Pinta de superhombre, ¿eh? –bromeó.

–¿Tu familia también está preocupada por tu padre?

–No, estoy seguro de que no saben nada.

Si lo estuvieran, habrían llamado por teléfono para decirle que fuera a casa inmediatamente.

–¿Y tu padre? ¿Por qué no le preguntas a él?

Cameron respiró profundamente. «De perdidos al río», pensó.

–Considerando que llevamos quince años sin vernos, no creo que fuera fácil.

Rosalind lo miró, sorprendida.

–¿No os veis a propósito?

¿Cómo demonios había sabido que ésa era exactamente la pregunta que debía hacer? ¿Que nadie sabía el esfuerzo que había tenido que hacer para alejarse de Quinn Kelly sin darle explicaciones a su familia?

Cameron asintió con la cabeza.

–¿Entonces por qué pensaba yo que trabajabas para él?

–Brendan y Dylan trabajan para él, yo no trabajo para mi padre.

«Ni lo haré nunca».

–Pero ésa era tu intención, ¿no? Tienes un título en Económicas y otro en Dirección de Empresas por la universidad de Harvard –Rosalind se quedó callada un momento–. Confieso que te oí hablar un día con Callum Tucker en la cafetería del colegio. Claro que sólo me acuerdo porque él dijo que pensaba ser el mánager de una banda de rock.

Su sonrisa era contagiosa.

–Callum es dentista. Y yo no estudie Dirección de Empresas, me hice ingeniero de estructuras.

–Ah, ya veo. Bueno, no, no veo. ¿Qué es un ingeniero de estructuras?

–Te lo advierto, la mayoría de la gente se pone bizca cuando empiezo a hablar de sistemas, estructuras, fuerzas laterales y el soporte y la resistencia de las cargas.

–Como que la gente no se pone bizca cuando yo empiezo a hablar de cuerpos celestiales y composiciones químicas de la

atmósfera.

–Perdona, ¿has dicho algo?

Rosie le dio un golpe en el brazo.

–Qué gracioso.

–Venga, ha sido un poco gracioso.

–Háblame de tu trabajo como ingeniero.

–Me pareció que era algo que pegaba mucho con mi familia –suspiró él, medio en serio medio en broma–. Cuantas más cosas lleven el nombre de Kelly, más contentos estamos. Aunque, irónicamente, haber estudiado Dirección de Empresas me hubiera ahorrado mucho tiempo y mucho dinero cuando decidí trabajar por mi cuenta.

–No, qué va, la universidad sólo sirve para ciertas cosas. Al final, tienes que ponerte a merced del universo y sentirte orgulloso por lo que hayas conseguido.

Cameron se quedó pensativo. Él era un hombre meticuloso que exigía mucho tanto de sí mismo como de sus empleados. Pero a los diecisiete años se había alejado del único mundo que conocía. Si no lo hubiera hecho, no sería el hombre que era ahora.

–Yo estoy orgulloso de lo que he hecho.

–Y me alegro por ti.

Su sonrisa lo hizo sentir como si lo hubieran cubierto con una cálida manta. El deseo de tocarla otra vez era abrumador, pero apartarle el pelo de la cara no sería suficiente. Deseaba enterrar los dedos en su melena, tirar de ella y besarla en los labios…

¿Qué se lo impedía?, se preguntó.

Que Rosalind supiera lo peor de él no ayudaba nada.

Ella apartó la mirada para seguir comiendo su helado y, sin la mirada gris manteniéndolo en su sitio, Cameron recordó que algo le ocurría a su padre. Y lo peor era que, después de una década y media discretamente alejado de su familia porque él no le había dejado otra alternativa, aún seguía importándole.

Cameron parpadeó, intentando apartar de sí esos pensamientos. Estando con ella tenía la impresión de que todo iba bien. Aunque era absurdo. Él no dependía de Rosalind para sentirse bien. Al final del día, cuando se separasen, de nuevo sólo podría contar consigo mismo.

–¿Has terminado?

Ella se pasó la lengua por los labios, disfrutando hasta la última gota de helado.

–¿Y tú?

Cameron no se molestó en fingir que no entendía.

–Del todo. No te he invitado a salir para hacer una sesión de terapia.

–¿Y por qué me has invitado entonces? –le preguntó Rosalind, con la adecuada mezcla de flirteo y simpatía.

–Porque es evidente que tú eres de las que aprecian las cosas buenas de la vida.

–¿Quesadillas y helado? –sonrió ella, tirando el cartón de helado a la papelera.

–Sí.

–Ah, primero era una empollona y ahora soy transparente. Desde luego, tú sabes cómo hacer que una chica se sienta especial.

–Quédate un rato más y ya veremos –dijo Cameron, con voz ronca–. La noche es joven.

La atracción que había entre ellos era como una pompa de jabón, ligera y con una vida limitada. Como a él le gustaba.

–Me gustaría pasear un rato para bajar el helado. ¿Te apetece? –le preguntó, ofreciéndole su mano.

Ella la miró durante unos segundos y luego, después de secársela en la pernera del vaquero, le ofreció la suya.

Ir de la mano la hacía sentir como si tuviera dieciséis años otra vez. Pero le gustaba.

Mientras paseaban por la orilla del río hablaron de política, de cine, de religión y de trabajo. Rosie se rió de su adoración por el críquet mientras él se negaba a admitir que el hombre hubiera puesto el pie en la Luna de verdad.

Pero no podía dejar de pensar en lo que le había contado sobre su padre. Era algo muy íntimo, pero se lo había confiado a ella… y no sabía si sentirse halagada o preocupada porque lo que había empezado siendo una cita divertida se había convertido en algo más complicado.

Claro que no pasaría nada mientras recordase quién era y, sobre todo, quién era él. Podría haberse escapado del nido, pero seguía siendo un Kelly. Tenía ese aura de privilegios y riqueza mientras ella sabía lo que era luchar para ganarse la vida y sentirse sola en

una habitación llena de gente.

Era evidente que no estaban hechos el uno para el otro.

Un grupo de ciclistas pasó a su lado y Cameron puso una mano en su cintura para apartarla. Pero, una vez que los ciclistas se alejaron, no se apartó.

Y Rosie tuvo que hacer un esfuerzo para no apoyar la cabeza en su hombro y olvidarse de todo lo demás.

–Bueno, cuéntame cómo es ser un Kelly.

–¿Por qué crees que sólo hay una manera de ser un Kelly?

–La verdad es que no lo sé.

–¿Por qué no dejamos de hablar de temas serios? Aunque me gustaría saber una cosa: si tú fuiste una niña pobre mientras yo tenía todo lo que una persona puede desear, ¿cómo es posible que calcules el veinte por ciento de una factura antes que yo?

Rosie soltó una carcajada.

–No debería sorprenderte. Después de pasar diez minutos con esa pandilla, es lógico que vuelvas al cociente intelectual de tu adolescencia.

–Me temo que eso no ha sido un piropo para ninguno de nosotros.

Rosalind lo miró a los ojos.

–Bueno, la verdad es que no eres tan estirado como pareces.

–¿Y cómo una listilla como tú ha terminado estudiando astrofísica?

–No sé, porque me gustaba pedir deseos cuando veía una estrella fugaz, supongo.

–¿En serio?

–Cuando no conseguí un viaje a Disneylandia al cumplir los ocho años dejé de pedir deseos y me dediqué a estudiar a Venus, que siempre está separado de los otros planetas. Era un espectáculo gratuito, podía verlo desde la ventana de la cocina. Ése fue el principio de una maravillosa historia de amor que ha durado hasta hoy.

Cameron se había quedado parado, sus ojos oscuros, intensos. Tanto que ella tuvo que apartar la mirada.

–¿Sabes que Venus es el único planeta en el sistema solar que lleva nombre de mujer?

–Sí, lo sé.

–Pero, con muy pocas excepciones, casi todas las estrellas llevan nombre de mujer.

–Eso no lo sabía.

–¿Y que si pesaras cien kilos en la Tierra pesarías noventa en Venus?

–Eso tampoco lo sabía –sonrió Cameron–. ¿Puedes mirar otros planetas o te dedicas exclusivamente a Venus?

–Soy una mujer de un solo planeta –contestó Rosalind–. La Tierra y Venus son los dos más parecidos en tamaño y aparecieron más o menos al mismo tiempo en el sistema solar. Tienen el mismo radio, masa, densidad y composición química. Pero en Venus hay nubes de ácido sulfúrico y su superficie es tan caliente que podría derretir acero. Y la presión es equivalente a estar un kilómetro bajo el agua.

–Ah, una chica muy alegre.

–¿Verdad que sí? ¿Lamentas haber preguntado?

–No, en absoluto. ¿Desde cuándo trabajas en el planetario?

–No trabajo en el planetario –contestó ella–. Pero conozco a la directora desde la universidad y me deja usar el observatorio cuando quiero.

–¿Y te ganas la vida observando a Venus?

–Como eminente especialista en Venus, he dado conferencias por todo el mundo, clases maestras en la universidad… incluso he hecho entrevistas en televisión. Y llevo años trabajando como autónoma para la NASA. Así que yo diría que sí, me gano bien la vida.

–Veo que eres muy humilde –rió Cameron.

–La más humilde de todas.

Caminaban al mismo paso, tranquilamente. Su corazón, por el contrario, parecía tener un ritmo errático. Era algo que no había experimentado antes, extraño y sexy a la vez.

Poco después llegaron al final del paseo y giraron hacia el puente de la calle Victoria, donde habían dejado los coches.

Hacia el final de la noche.

Cameron sintió alivio y desilusión al mismo tiempo al pensar que su cita estaba llegando al final.

Aunque, por otro lado, se sentía extrañamente contento. Debería estar enfadado consigo mismo por hablar demasiado, pero sólo

podía pensar que estaba paseando con una chica guapísima.

–¿Qué tal te llevas con tu padre? –le preguntó, quizá para que hubiera cierto equilibrio entre los dos.

Rosalind levantó la cara para mirarlo, su pelo cayendo hacia un lado, largo, suave, fabuloso.

–Lo preguntas como si hubiera una respuesta fácil.

–¿Era un hombre complicado?

Ella se encogió de hombros.

–No tengo ni idea. Se conocieron, se casaron, mi madre se quedó embarazada y él se marchó.

Cameron asintió con la cabeza. No sorprendido, sino desilusionado por el comportamiento de algunos miembros de su propio sexo.

–Imagino que no debió de ser fácil para tu madre.

–No, no lo fue. Dejó la universidad al conocer a mi padre y no volvió nunca. Esperaba que volviese algún día y parecía querer que todo estuviera igual que cuando se marchó.

–¿Y qué fue de ti?

–Crecí perpetuamente enfadada con el mundo, pero sacando unas notas estupendas –sonrió Rosalind, sin poder disimular la tristeza–. Mi madre murió hace unos años, cuando yo estaba de viaje fuera del país. Me gustaría que siguiera viva para que viese que todo me va bien. Y mi padre también, lo cual es completamente absurdo.

Hablaba con seguridad, como si estuviera contando una historia que hubiera contado mil veces. Pero Cameron estaba lo bastante cerca como para ver que había un ligero temblor en sus labios.

–¿Tienes primos, tíos, abuelos?

–No, no tengo familia. Pero conozco a Adele desde los diecisiete años. Es tan mandona como una hermana mayor, tan cariñosa como una abuela y tan protectora como un padre, así que tengo mis necesidades familiares cubiertas.

Cameron tuvo que hacer un esfuerzo para no inclinarse hacia ella y besar su pelo.

–Ay, por favor –sonrió Rosalind entonces–. Lo último que deseaba era ponerme sentimental. Vamos a hablar de otra cosa.

–¿Por qué?

–No me gusta hablar de esto, prefiero hablar de ti. De tu familia,

por ejemplo. Tienes la clase de familia con la que soñamos muchos.

–¿Has visto alguna vez uno de esos programas de televisión en los que un vecino dice: «Eran una familia tan buena, nadie lo hubiera esperado»?

Rosie tuvo que sonreír.

–De todas formas tienes hermanos… habla con ellos sobre tu padre. O habla directamente con él.

Cameron apretó los dientes con tal fuerza que casi se hizo daño.

–Tengo mis razones para no hacerlo.

–¿Y son?

–Perfectamente sensatas.

Rosalind lo miró a los ojos, esperando más. Pero él no podía darle más.

Aquel día, tantos años atrás, al descubrir que su padre engañaba a su madre con otra mujer, se dio cuenta de que el patriarca de la familia, el hombre adorado y respetado por todos, no existía en realidad. Pero no podía contárselo a Rosalind y librarse así de la carga porque eso sólo serviría para herir a los demás.

–Hace unos años, a mi madre se le escapó que había vuelto a hablar con mi padre –dijo Rosalind entonces–. Vivía en Brisbane, pero no se había molestado en ir a verme ni una sola vez. Murió antes que mi madre y, aunque resulte ridículo, sigo deseando haber tenido la oportunidad de conocerlo, de que él me conociera a mí. Y no me gustaría que algún día tú despertases sintiendo ese vacío.

Sus ojos grises brillaban, resueltos, bajo las luces de las farolas. ¿De verdad estaba tan segura de sí misma?

En cualquier caso, aquella conversación tenía que terminar.

–Me rindo –dijo Cameron–. Tú ganas.

Rosalind levantó los ojos al cielo y luego se dobló por la mitad, como si se hubiera quedado sin fuerzas.

–No es un concurso, sólo era un buen consejo.

–¿No te gusta ganar?

–Depende del premio.

De vuelta en terreno firme otra vez, el territorio en el que se encontraba más cómodo, Cameron pensó en una docena de premios que podría darle sin hacer el mínimo esfuerzo. O mejor, sudando como nunca.

–Bueno, pues ya estamos –suspiró Rosalind.

Él tardó un momento en entender que lo decía de forma literal. Estaban al lado del Red Fox, donde habían dejado los coches.

Podría hacer lo que había planeado: besarla en la mejilla, darle las gracias por una noche agradable y seguir adelante.

Considerando que le había contado detalles de su vida que no sabía nadie más y que Rosalind Harper no era sólo la chica alegre y burlona que había conocido aquella mañana en el planetario, sería lo más inteligente.

Pero, por lo visto, aquella noche había dejado sus reglas en la oficina.

–¿Te apetece tomar una copa? –su corazón latía con más fuerza de la normal mientras esperaba la respuesta.

–¿Qué tienes en mente? –preguntó ella. Y el tono ronco de su voz lo hizo sentir dos metros más alto.

–El casino sólo está a dos manzanas de aquí.

Rosalind lo miró con sus luminosos ojos grises y Cameron se preguntó, y no por primera vez, cómo habían podido ir al mismo colegio sin que se fijara en ella.

–No sé…

–¿Qué te parece si seguimos juntos un rato más? –insistió él, prometiéndose que sería la última vez–. Creo que en la segunda planta del casino hay un bar donde hacen un chocolate caliente para morirse.

CAPÍTULO 6

EL RELOJ biológico de Rosie le decía que era más de medianoche cuando salieron del casino. Y eso significaba que, aparte de la siestecita, llevaba veinte horas despierta.

Por eso debía de estar delirando cuando aceptó la sugerencia de tomar chocolate en el casino. Aunque si Cameron hubiera sugerido pasear por la ciudad hasta encontrar un puesto de perritos calientes, también le habría dicho que sí.

Después de tirar el bolso sobre el asiento se volvió para despedirse, pero Cameron estaba sujetando la puerta, atrapándola en el círculo de sus brazos. Tan cerca como para ver que la luz de las farolas dejaba su rostro en sombras. Pero no así el decidido brillo de sus ojos.

–Lo he pasado muy bien.

–¿Cuándo? ¿Mientras tus amigos interrumpían la cena o cuando has tirado el helado? ¿O cuando yo he tropezado en las escaleras del casino y casi te rompo una pierna?

Cameron levantó una ceja.

–He visto tu expresión al probar el chocolate. Estabas pasándolo increíblemente bien.

–Sí, es verdad, el chocolate estaba riquísimo y por eso siempre estaré en deuda contigo.

Ése era el momento en el que debería haberse despedido. Pero, aunque se daba cuenta de que su vida se complicaba con cada segundo, no podía marcharse.

Afortunadamente, su cuerpo acudió al rescate cuando tuvo que levantar la mano para disimular un bostezo.

–Son las dos de la mañana.

–¡No puede ser!

Cameron levantó su brazo para mirar el reloj.

–No llevas reloj.

Rosalind se encogió de hombros.

–Cuando lo llevaba tampoco me acordaba nunca de mirarlo, así que…

–Yo miro el reloj al menos cien veces al día.

–Pues imagínate lo que podrías hacer con todo ese tiempo

perdido.

Incluso en la oscuridad pudo intuir los hoyitos a cada lado de la boca.

–Tiene usted una manera muy extraña de ver el mundo, señorita Harper.

–Lo miro exactamente como lo mira usted, señor Kelly. Sólo que unos centímetros más cerca del suelo.

–Y lo que ocurre con la información cuando llega a ese alocado cerebro suyo, después de pasar por sus preciosos ojos grises, nunca lo sabré.

Rosie apenas había oído nada además de la frase: «preciosos ojos grises». Y partes de su cuerpo escondidas durante mucho tiempo empezaron a despertar a la vida.

–Rosalind…

–¿Sí, Cameron? –suspiró ella.

Se miraron en silencio un momento. Un momento tan largo que la noche se extendió entre ellos como una goma elástica. Pero si alguien no decía algo pronto, Rosie temía sufrir un desmayo.

–Me gustaría volver a verte.

Ella abrió los ojos como platos.

–¿En serio?

Cameron rió y Rosie se mordió los labios.

Que alguna vez lo hubiera pillado mirándola como si fuera la criatura más fascinante de la tierra no significaba que estuviera enamorado. Al contrario.

–¿Quieres una lista de razones o prefieres que te escriba un poema? –bromeó él.

–¿Un poema? Ah, ahora entiendo que tuvieras una noche libre en tu agenda.

–¿Quién ha dicho que estuviera libre?

El corazón de Rosie empezó a bailar dentro de su pecho, pero debía de ser el cansancio, se dijo. Ella sabía que dejarse guiar por los dictados del corazón era tan sensato como usar el hígado para decidir sobre inversiones financieras. En realidad, habiendo visto de primera mano lo que seguir los dictados del corazón podía hacerle a una mujer, no necesitaba más razones para despedirse…

Pero entonces Cameron tuvo que decir:

–¿Qué vas a hacer mañana?

Su corazón siguió bailando, pero intentó concentrarse en el hígado. Sin embargo, era como si todos sus órganos estuvieran pendientes de Cameron Kelly.

–¿Mañana? Mañana tengo que comer, dormir, ver la televisión, mirar las estrellas… lo de siempre. ¿Y tú?

–Trabajar, trabajar y trabajar. Aunque también yo tendré que comer en algún momento del día.

–¡Qué coincidencia!

–¿Cenamos juntos entonces? Esta vez, los dos solos.

¿Los dos solos? Rosie miró al cielo, pero no podía ver una sola estrella entre las nubes y las luces de la ciudad.

–¿Qué tal si miras tu agenda y luego, si tienes un hueco, llamas al planetario para que me den el mensaje y yo miro mi agenda para ver si puedo?

Cameron soltó su brazo, pero sólo para apartar un mechón de pelo de su frente, sus dedos dejando un rastro en su piel tan ligero como la brisa.

–Necesito una agenda como tú necesitas un reloj. Y todo sería más fácil si me dieras el teléfono de tu casa.

Rosie nunca había tenido necesidad de poner cara de póquer, pero la necesitaba en ese momento.

–No, no puedo.

–¿Por qué no?

–Porque no tengo teléfono. Considerando que vivo en una caravana, no es fácil.

En lugar de torcer el gesto, como le había pasado tantas veces cuando contaba dónde vivía, Cameron soltó una carcajada.

–¿Por qué te hace tanta gracia que viva en una caravana?

–Si tuvieras una casa en las afueras o un apartamento de lujo en el centro de la ciudad, me habría llevado una desilusión.

Se había acercado un poco más, su rostro iluminado por el reflejo de las farolas en un escaparate cercano.

–Ah, vaya.

–Entonces cenamos juntos mañana. Los dos solos. Llamaré al planetario para decir en qué restaurante.

–Muy bien, de acuerdo. Aunque tengo un teléfono móvil.

–¿Ah, sí?

–Hemos hablado antes por el móvil, no sé si te acuerdas. Es tan

pequeño que suelo perderlo, así que no me molesto en darle el número a casi nadie. Pero ahí está, si te parece.

–Me parece muy bien.

Rosie se inclinó para sacar el móvil del bolso, pero al darse cuenta de que él estaba mirando su trasero se incorporó a toda prisa… y se golpeó la cabeza con el techo del coche.

Mientras le daba el número se sintió como una adolescente otra vez, esperando que el chico más guapo del colegio la llamase. Un chico de inquietantes ojos azules…

«Bésame», pensaba.

«No, no me beses» pensaba luego.

Cameron se acercó un poco más.

«Sí, por favor, bésame».

Notó su cálido aliento mientras la besaba en la mejilla y, con un suspiro indisciplinado, sus párpados se cerraron para disfrutar del momento. Su roce, su aroma, su fuerza. Cómo la hacía sentir deseable y femenina.

Cuando se apartó, todo su cuerpo fue tras él. Y cuando abrió los ojos comprobó que los de Cameron estaban clavados en sus labios.

Tenía dos opciones: echarse en sus brazos o alejarse de una situación que, de repente, parecía escapársele de las manos.

–Te llamo mañana –dijo él.

–Ya es mañana.

–Sí, lo sé.

–Y es hora de que vuelva a mi cama calentita. Y tú a la tuya –dijo Rosie, diciéndole adiós con la mano antes de subir al coche. Y que recordase cuál era el pedal del acelerador y cuál el del freno la asombraba.

Una hora después, ya en su caravana, decidió que no iba a poder pegar ojo y, después de darse una ducha, volvió a ponerse los vaqueros, el jersey y sus viejas botas marrones para salir al campo, como solía hacer de madrugada, con su telescopio favorito.

Pero encendió la televisión mientras se hacía un café y oyó el nombre de Quinn Kelly. Aunque no lo conocía, era el personaje más famoso de la ciudad. Un hombre carismático y atractivo a pesar de la edad, con un fuerte acento irlandés que lo hacía inolvidable.

Rosie buscó en su sonrisa, y en los sorprendentes ojos azules, alguna señal de que estuviera enfermo y, como si Cameron

estuviera a su lado señalando los signos de cansancio en el rostro de su padre, enseguida se dio cuenta de que algo iba mal.

Pero como ella había vivido la pérdida de su madre y no se lo desearía a nadie, y mucho menos al hombre que había pedido que le pusieran canela en el chocolate, decidió apagar la televisión.

–Sólo era un poco de canela, boba. No exageres.

Tomando su mochila y el termo de café, Rosie salió de la caravana para perderse en la oscuridad.

Al día siguiente, Rosie llegó a la dirección que Cameron le había indicado por teléfono... y descubrió que allí no había nada. Sólo una acera con un puñado de árboles de aspecto triste y un edificio en obras.

Rosie golpeó el suelo con sus botas para calentarse los pies, pensando que debía haberse puesto un cárdigan de lana sobre el vestido de algodón.

Un grupo de jóvenes paseaban por la otra acera, charlando y riendo, pero pronto se alejaron, dejándola sola de nuevo.

Sola con su charlatán inconsciente.

¿Y si Cameron había tenido una reunión de última hora? ¿Y si estaba solo en algún sitio, atrapado bajo una tonelada de hormigón? O mejor, ¿y si estaba a punto de demostrar lo ideal que había sido durante la primera cita dejándola plantada en la segunda?

Cuando estaba a punto de darse una palmadita en la espalda por elegir tan bien a los hombres con los que salía, una puerta medio escondida se abrió en el bloque de cemento gris. Y enseguida vio un pelo oscuro seductoramente despeinado y los antebrazos de un hombre que, sin duda, sabría arreglar un fregadero atascado, por ejemplo.

Cameron. Incluso envuelto en la oscuridad no había la menor duda de que era él.

–He llegado tarde. Otra vez –se disculpó Rosie.

–Llegas justo a tiempo. Y estás preciosa.

–Tú también –admitió ella, antes de poder censurarse a sí misma.

–Gracias.

–¿Dónde estamos?

Después de cerrar la puerta con un enorme candado, Cameron le ofreció un casco de seguridad de color amarillo.

–¿Qué? –exclamó Rosalind.

–Póntelo o no nos movemos de aquí.

–Pero me va a aplastar el pelo…

–Mientras estemos aquí no te lo puedes quitar.

–Jo, podrías ser un poco más simpático –suspiró Rosie, poniéndose aquella cosa amarilla.

–Muy bien –dijo él, poniéndose otro casco–. Si algo te cayese en la cabeza, tendría que enterrar tu cuerpo en la obra.

–Pues tienes suerte de que el amarillo sea mi color –dijo ella–. ¿Vamos a hacer algún deporte de riesgo antes de cenar? ¿Debería haberme puesto protección para las rodillas?

Cameron la tomó del brazo para llevarla bajo andamios y pilas de ladrillos hasta que llegaron a un ascensor.

–Me siento como una heroína en una mala película de terror, con el público gritando: «¡No entres ahí!».

–Entra ahí –rió Cameron–. Confía en mí.

Rosie miró la tentadora sonrisa, los increíbles ojos azules y todo lo demás. ¿Confiar en él? En aquel momento le costaba confiar en sí misma.

Pero subió al ascensor e hizo lo que pudo para no respirar profundamente el delicioso aroma a camisa masculina recién planchada. O a lo mejor era él. El limpio y delicioso Cameron Kelly.

Cuando el ascensor se detuvo, él puso una mano en su espalda.

–Ya hemos llegado.

–¿Dónde hemos llegado exactamente?

–A lo que será el ático más caro de Brisbane.

Las puertas del ascensor se abrieron y lo que vio hizo que sus pies se quedaran pegados al suelo.

–¡Madre mía!

Habían llegado a la última planta del edificio… o más bien a lo que sería algún día la última planta. La estructura estaba puesta, pero aparte de las vigas de acero y el suelo de cemento no había nada entre ellos y el cielo.

–No tengas miedo.

Rosie vio algo más entonces: dos sillas y una mesa de hierro decorada con velas, su llama protegida por campanas de cristal. A

su lado, un carro con varias bandejas y una botella de vino blanco en un cubo con hielo.

–¿Qué has hecho?

–Tenía que compensarte por el desastre del Red Fox.

Y, aparentemente, por todas las citas mediocres que había tenido en su vida.

Tuvieron que saltar por encima de cubos y sacos de cemento para llegar hasta la mesa, pero después de tomar el primero sorbo de vino sus piernas dejaron de temblar.

–Bueno, ¿qué tal el día?

De repente, a Rosie le dio un ataque de risa.

–¿Qué he dicho?

–¿Estamos en la cima del mundo, rodeados por todas las velas que había en Brisbane y de verdad esperas que te cuente qué tal el día? Pero bueno, supongo que tú habrás cenado aquí un montón de veces.

–He tomado comida china encima de muchos rascacielos, pero mi única compañía eran hombres con casco de trabajo. Y no creo que las velas hubieran sido apropiadas. Pero me temo que la cena tendrá que ser rápida –sonrió Cameron–. Estamos aquí sin permiso alguno y los del sindicato podrían cerrarme la obra.

–¿En serio? –sonrió Rosie.

–Bruce, el jefe de obra, estuvo a punto de dimitir cuando le conté lo que tenía en mente.

–¿A punto?

–En realidad, es un blando. Después de protestar durante media hora me hizo prometer que nos pondríamos el casco y luego se olvidó del asunto.

Rosie se dio cuenta de que organizar aquello no había sido fácil. De modo que Cameron había estado pensando en ella durante gran parte del día…

Pero no sabía si debía salir corriendo.

Él levantó y su copa y Rosie acercó la suya en un brindis; el choque del cristal haciendo eco en aquel espacio vacío.

–Por Bruce.

Cameron tomó un sorbo de vino, sin dejar de mirarla a los ojos. Aquello era irreal, la clase de cosa que le ocurría a otras chicas. A chicas normales, soñadoras. No a chicas pragmáticas que habían

arruinado deliberadamente todas sus relaciones plantando a su pareja en el momento más inesperado.

–¿Tienes hambre? –preguntó él.

–Sí, claro. ¿A quién más has tenido que sobornar esta noche?

–A un amigo que tiene un restaurante. Nos ha preparado calamares, ensalada de langosta con aceite de trufa y pastel de manzana con helado de vainilla y canela…

–Dame, dame, dame –lo interrumpió Rosie.

Con la boca llena no podría hablar. Mejor. Y tampoco tendría que oírlo hablar a él. Mejor todavía.

Media hora después de haber tomado la cena más deliciosa de su vida, Rosie dejaba escapar un largo suspiro. Y Cameron estaba mirándola como había mirado la cola de langosta: disfrutando de lo que estaba por llegar.

Con esos ojos azules que eran como los de su padre…

El móvil de Cameron empezó a sonar en ese momento, pero él no parecía darse por aludido.

–Creo que es tu teléfono.

–Es mi hermano Brendan. Y sólo llama cuando quiere algo.

–A menos que sea un tema familiar urgente…

Él pareció pensarlo un momento.

–¿Te importa si contesto?

–No, en absoluto.

Tomando una fresa, Rosie aprovechó la oportunidad para apartarse… y así respirar un poco.

CAPÍTULO 7

ROSIE no sabía cuánto tiempo había estado sentada en un palé, viendo el mundo desde arriba.

El río Brisbane se enroscaba como una serpiente de plata alrededor de la ciudad y los barquitos blancos que flotaban en la superficie del río parecían luciérnagas pero, aparte del sonido del viento, no podía oír nada.

Sintió una mano en la espalda y, al volverse, vio a Cameron, su rostro iluminado por la luna.

–¿Todo bien?

–Sí, bien –dijo él.

Pero Rosie sabía que no estaba bien. Le gustaría preguntar, pero la verdad era que cuanto menos supiera sobre su vida, mejor. Así siempre era más fácil cuando llegaba el momento de la despedida.

–¿Qué te parece la vista?

–¿Aparte del vértigo que me produce?

–Aparte de eso –sonrió Cameron, sentándose a su lado.

–Es… estupenda.

–¿Sólo estupenda? ¿No es magnífica, incomparable? Esta planta se alquilará por tanto dinero que casi me da vergüenza.

–Es bonita, pero un poco fría rodeada de tanto cemento y acero. ¿Tú quieres ver algo de verdad? ¿Estrellas tan brillantes, tan especiales y perfectas que uno quiere abrazarse a sí mismo para guardar dentro toda esa belleza?

Cameron estaba mirándola con esa inescrutable intensidad que la ponía tan nerviosa.

–Dime, ¿puede un hombre ver tales estrellas?

–Te estás riendo de mí.

–Sí, pero sólo porque te pones colorada y eso es incluso más interesante que el paisaje.

Rosie apartó la mirada para que no se diera cuenta de que el rubor no era producido por la broma, sino por tenerlo tan cerca.

–En esta época del año lo mejor es mirarlas alrededor de las tres de la mañana. A quinientos metros del sitio en el que vivo hay una carretera de tierra que lleva a una pradera. Si miras hacia el sudeste, puedes ver la ciudad en la distancia, pero no lo harás

porque estarás mirando hacia arriba. Y entonces entiendes por qué se le llama la Vía Láctea.

–¿Tú estarás allí esta noche?

–Estoy allí todas las noches. Aunque debo admitir que esta mañana me he quedado dormida.

–Te dejé agotada, ¿eh? –sonrió Cameron.

–No, es que ya no soy tan joven como antes –replicó Rosie, mirándolo a los ojos.

Aunque lo lamentó de inmediato. Aquel hombre era como el alcohol; un sorbo y el efecto en su cuerpo era debilitante.

–¿Y qué esperas encontrar en el cielo?

–No espero encontrar nada. Ya vi lo que tenía que ver hace mucho tiempo.

–¿Y qué viste?

–Que mis preocupaciones no le importaban a nadie más que a mí.

Cameron cerró un ojo y la miró con el otro.

–Yo crecí pensando que mi familia era el centro del universo.

–Pero sabes que el modelo de humano egocéntrico pasó de moda alrededor del siglo XVI, ¿verdad? Tendrías que ver uno de los espectáculos de Adele en el planetario.

Cameron rió y ella rió también.

–Hasta entonces, piensa en esto: la culpa no está en las estrellas, sino en nosotros mismos.

–¿Dónde he oído eso antes? –sonrió Cameron.

–Shakespeare, en Cuarto de Literatura –suspiró ella, levantándose–. Bueno, se está haciendo tarde.

–Sí, es verdad. Ah, por cierto, después de Brendan llamó mi jefe de obra.

–Ah, el bueno de Bruce –sonrió Rosie.

–Le he prometido que estábamos en tierra firme, a salvo. Tengo la impresión de que el pobre estaba despierto en la cama, esperando noticias mías.

Cameron le ofreció su mano y ella la aceptó. No se había dado cuenta del frío que hacía hasta que la mano masculina, grande y caliente, envolvió la suya.

–¿No deberíamos bajar los platos y las velas? –le preguntó mientras subían al ascensor.

–No, alguien se encargará de hacerlo por la mañana.

–Ya estás otra vez pensando que eres el centro del universo –sonrió Rosie.

–¿Sabes una cosa? Creo que voy a seguir en el puesto durante algún tiempo. Pagan bien y los beneficios no tienen comparación.

Cuando llegaron abajo, Cameron señaló su cabeza y sólo entonces se dio cuenta de que había llevado el casco puesto todo el tiempo.

–Si esperabas llevártelo como recuerdo…

–No, claro que no –después de quitárselo, Rosie se pasó una mano por el pelo, sin querer pensar en la marca roja que debía de haber dejado en su frente.

–¿Dónde has aparcado?

–A diez metros de aquí.

–Te acompaño.

–No hace falta. Mis botas no tienen punta de acero, pero yo sé dónde golpear si me encuentro con algún problema.

La palabra «problema» se quedó enganchada en su garganta. El problema estaba en los ojos de Cameron. El problema era el deseo que impedía que diera un paso atrás. El problema se había convertido en su nuevo amigo en el momento en que Cameron Kelly había vuelto a aparecer en su vida.

–Se me había olvidado preguntar… ¿qué hacías en el planetario ayer?

–No sé si debería decírtelo.

–¿Por qué no?

–Porque no me hace quedar bien.

–Prueba a ver.

Cameron asintió con la cabeza.

–Estaba escondiéndome.

–¿De quién?

–De mi hermana Meg. La vi tomando un café en una terraza con sus amigos, Tabitha entre ellos. Rosie soltó una risita.

–¿Tabitha tomando cafeína? Entonces no me extraña nada que te escondieras.

Cuando los ojos azules se clavaron en sus labios, a ella se le puso el corazón en la garganta. Cerró la boca, pero no sirvió de nada. No podía dejar de pensar cómo sería un beso de Cameron Kelly.

–¿Sabías que Venus es el planeta más caliente del sistema solar? –le preguntó. Muy bien, empezaba a estar desesperada–. Venus era la diosa romana de la belleza y el amor –siguió–, pero en la mitología griega se llamaba Afrodita y los babilonios la llamaban Ishtar.

–Eso sí lo sabía. Fui a un buen colegio, ya sabes –Cameron dio un paso adelante.

–¿Has visto esa película… *Ishtar*? ¿Cómo se llamaba la protagonista?

–Rosalind.

–No, no se llamaba así. No habría olvidado su nombre si se llamara como…

–Rosalind.

–¿Sí, Cameron?

–Cállate para que pueda besarte.

–Sí, Cameron –dijo ella. Aunque la frase fue casi inaudible porque los labios de Cameron Kelly por fin encontraron los suyos.

Había oído que algunas personas veían pasar toda su vida ante sus ojos cuando estaban a punto de morir, pero no había creído que fuera posible hasta ese momento. Y menos por un beso.

Sin embargo, todos los hombres por los que había creído sentirse atraída hasta ese momento se convirtieron en un borrón, algo sin importancia.

Rosie levantó una mano para acariciar su cuello, hundiendo los dedos en el pelo oscuro mientras él la empujaba hacia sí, cada centímetro de sus cuerpos rozándose de una forma u otra.

El beso era tan apasionado que se arqueó hacia él como un barquito bajo una fuerte tormenta.

Perdida, asustada, impotente…

Cameron se apartó. Pero sólo para clavar en ella sus ardientes ojos azules.

–¿Tienes algo que hacer mañana por la noche?

Rosie parpadeó varias veces, intentando recordar quién era, dónde estaba…

–Una frase demasiado usada.

–¿Tienes algo que hacer mañana? –repitió Cameron.

Ella tardó unos segundos en responder. Había imaginado que un beso suyo sería asombroso, pero no esperaba algo tan increíble que

pudiera robarle la razón, haciéndola sentir como una adolescente.

–Mañana tengo cosas que hacer.

–¿Qué cosas?

–Mirar las estrellas y todo eso.

–¿Demasiado ocupada como para volver a cenar conmigo?

–Es posible.

–Nunca había conocido a una mujer que me hiciera trabajar tanto para conseguir una cita –sonrió Cameron.

–La verdad es que cenar contigo nunca ha sido fácil.

–Si te gustan las cosas fáciles, «sí» es la palabra más fácil de todas. Sólo tiene dos letras.

También las tenía la palabra «no». Entonces, ¿por qué le resultaba tan difícil pronunciarla? Porque, de repente, había grietas en su resolución. Por el momento iba bien, pero no estaba segura de en qué punto el daño sería irreparable.

O quizá Cameron Kelly sería el hombre que la ayudase a demostrar que el esfuerzo que había hecho para no cometer los mismos errores que su madre había servido de algo.

Menos que segura de su respuesta, contestó:

–Muy bien, de acuerdo.

Cameron, que tenía el ceño fruncido mientras esperaba su respuesta, se relajó visiblemente.

–Aunque entendería que quisieras ir a ver a tu familia mañana para hablar… de vuestras cosas. O incluso ir a ver a tu padre. Sé que no es asunto mío, pero eso es lo que yo haría.

–Estar contigo me mantiene agradablemente ocupado –dijo él, con una sonrisa que podría hacer temblar las piernas de cualquier chica. Pero ella no pensaba caer en la trampa.

–¿Entonces no vas a visitar a tu padre?

–No.

–¿Has hablado con Brendan del asunto?

–¿Por qué sigues con ese tema?

–No pienso dejar de hacerlo. Ser una adolescente insoportable me ha preparado para lidiar con cabezotas como tú.

–Ya veo –suspiró Cameron–. Brendan no ha dicho nada sobre mi padre, pero me ha advertido que, si no voy a su fiesta de cumpleaños este fin de semana, ya puedo ir olvidándome de mi apellido.

–Ah, unas palabras muy duras –murmuró Rosie.

–Brendan es el mayor y ha sido adoctrinado por el patriarca del clan, así que no conoce otro tipo de palabras.

–Pobre Brendan.

–Pobre, pobre Brendan.

Cameron se inclinó para darle un beso en el cuello y a Rosie casi se le olvidó de qué estaban hablando.

–¿Dónde vamos a cenar mañana, en un satélite espacial? No, en un submarino. Pues espero que sea un submarino nuclear o no cuentes conmigo.

–Estaba pensando llevarte al primer sitio que construí.

–Muy bien, pero que sirvan café –dijo ella, disimulando un bostezo–. Llevo dos noches sin pegar ojo y estoy agotada.

Cameron la tomó por la cintura y volvió a besarla. Esta vez un beso lento, embriagador. Sabía a vino y a fresas. Y en ese momento la palabra «sí» le parecía la palabra más fácil del diccionario.

Cuando se apartó, Rosie se apartó también con auténtica pena.

–Bueno, vámonos antes de que nos convirtamos en calabazas.

Mientras se acercaba a su coche sentía los ojos de Cameron clavados en su espalda. Evidentemente, no había creído lo de su habilidad para apuntar al sitio adecuado con las botas. O a lo mejor le gustaba lo que veía…

De modo que empezó a contonear las caderas para alegrarle la vista.

CAPÍTULO 8

EL SOL apenas empezaba a asomar en el horizonte, pero Cameron ya estaba sentado en un taburete manchado de pintura mientras hacía de diplomático entre Bruce, el jefe de obra, y Hamish, el arquitecto. Con un mes para terminar el edificio, las cosas estaban muy tensas entre ellos.

Pero, mientras levantaba un poco el casco para secarse el sudor de la frente, pensó en Rosalind la noche anterior.

Con esos ojos grises y su larga melena cayendo en seductoras ondas bajo el casco amarillo tenía un aspecto sencillamente adorable. Aunque estaba seguro de que no se daba cuenta.

–¡Kelly! –gritó Bruce, devolviéndolo a la tierra.

–¿Qué?

–¿Dónde has estado durante los últimos cinco minutos? Desde luego no estabas en este planeta.

Cameron arrugó el ceño. Bruce tenía razón. Pasar tiempo con Rosalind estaba distrayéndolo más de lo esperado, pero no quería que esa distracción se extendiera a otras áreas de su vida.

Desde que se fue de casa, su negocio lo era todo para él. Llenaba las horas del día y también muchas de la noche. Era su ambición, su pasión, su sueño.

Mientras, por otro lado, Rosalind era…

–Cameron –dijo Bruce.

–Estoy aquí. Dime.

–Estaba contándole a Hamish lo de tu cenita de anoche. ¿Velas, marisco?

–Por favor, dime que no es verdad –suspiró Hamish–. No has traído aquí a una mujer por la noche, sin la supervisión adecuada… un mes antes de terminar las obras.

Cameron miró a su arquitecto y amigo, Hamish, a quien conocía desde la universidad.

–Me temo que sí.

–Y yo me temo que te has saltado como una docena de normas de seguridad, por no hablar de las reglas del sindicato.

–¿Crees que no se lo he dicho yo? –suspiró Bruce.

–Cameron, el último hombre honrado, vencido por una mujer

misteriosa. ¿Se puede saber quién es?

–No la conoces. Y el tema está cerrado.

–Muy bien –rió Hamish–. Yo tengo que irme.

–Hay mucho trabajo que hacer, McKinnon –protestó Bruce–. ¿Dónde tienes que ir ahora?

–Tengo una cita esperándome en el andamio. Debe de andar por la planta treinta ahora mismo, así que voy a ponerme el arnés… y a llevar una botella de champán.

Cameron ni se molestó en decirle a Hamish dónde podía meterse la broma; sencillamente se levantó del taburete y se dirigió al ascensor.

–¿Dónde vas? –lo llamó Bruce.

–Si quieres robarme a mi chica –le advirtió Hamish–, habrá un duelo al amanecer.

Cuando las puertas del ascensor volvieron a abrirse en la última planta, Cameron fue recibido por la cacofonía de ruidos que normalmente le alegraba el día porque significaba progreso, trabajo, sudor. Y se sentía orgulloso de las ampollas que tenía en las manos por esa misma razón.

Pero cuando llegó al sitio donde Rosalind había estado sentada la noche anterior, con su mezcla de candor y belleza, ya no oía nada.

En algún sitio, más allá de los extremos de la ruidosa ciudad, estaría ella mirando el cielo. Quizá exactamente el mismo punto que estaba mirando él en ese momento.

Y mientras Rosalind pensaba en trayectorias, nubes y universos en expansión, Cameron estaba pensando en ella. En verla otra vez esa noche. Sería su tercera cita, de modo que estaba pasando más tiempo con ella del que había pasado con una mujer desde que podía recordar. Más tiempo del que pasaba con Meg o Dylan.

De repente, se sintió culpable. Mantenía a distancia a las personas que más quería para salvarles de lo que sabía sobre su padre. Pero lo que había dicho Rosalind hacía que se preguntase: ¿mantenerlos a distancia no estaría hiriéndolos aún más?

Si de verdad quería verlos, sabía dónde estarían ese fin de semana; todos en el mismo sitio al mismo tiempo, lo cual era casi siempre imposible.

Si iba a la fiesta de cumpleaños de su padre, sabía lo que iba a

pasar: Brendan tomaría una copa de más, Dylan ganaría dinero con alguna apuesta sobre la fecha de su regreso a la familia y Meg se echaría en sus brazos… y luego intentaría liarlo con alguna de sus amigas.

Y su madre seguramente lloraría.

Se le encogió el estómago al pensar en su madre. Sobre todo, al pensar en cómo la había tratado su marido. La idea de celebrar el setenta cumpleaños de ese hombre le resultaba imposiblemente dolorosa.

Tenía que olvidarse de ello, pensó, mirando el reloj. Doce horas antes de que fuese a buscar a Rosalind al planetario.

–¿Cam?

Cuando se volvió, Hamish estaba en el ascensor, sujetando la puerta.

–¿Quieres que revisemos el proyecto antes de que me vaya?

–No, pero si se me ocurre algo, te llamaré.

–A meno, claro, que necesites otro tipo de consejo –dijo su amigo, burlón–. Yo conozco algunos trucos que un hombre como tú ni siquiera podría imaginar.

–No te preocupes por eso –rió Cameron–. Lo tengo controlado.

–Me alegra saberlo.

Lo tenía controlado, sí. Sólo necesitaba encontrar cierta perspectiva. Su empresa era toda su vida; su familia, la cruz que llevaba a cuestas. Y Rosalind Harper, aunque encantadora, sólo era una distracción temporal. Y esa noche se encargaría de que las barreras quedasen claramente definidas.

Cuando se reunió con Hamish en el ascensor tenía las ideas claras y estaba dispuesto a actuar como el propietario de una constructora millonaria.

Pero después de unos segundos se dio cuenta de que el ascensor seguía sin moverse… porque había olvidado pulsar el botón. Y lo pulsó con tal fuerza que se hizo daño en el dedo.

–Si está así de nervioso, debe de ser una pelirroja –bromeó Hamish.

El rostro de Rosalind apareció entonces en su mente… sus ojos brillantes, su sonrisa, esos labios tan jugosos.

–Tiene el pelo de color caramelo, la piel de porcelana y unas piernas interminables.

Hamish le dio un codazo en las costillas y Cameron se apartó, riendo.

Al otro lado de la ciudad, en el planetario, Rosie se apartó del telescopio para concentrarse en su ordenador… pero el cursor parpadeaba en una pantalla negra. Las notas sobre el color de Venus, la opacidad, las sombras y otras circunstancias perdidas en el agujero negro de su mente.

En realidad, no sabía cuánto tiempo había estado mirando el cielo sin dejar de pensar en Cameron.

¿Dónde estaría en ese momento? ¿Con quién? ¿Qué llevaría puesto? ¿Estaría pensando en ella?

–¡Buenos días!

Al oír la voz de Adele, Rosie prácticamente saltó de la silla.

–¿Qué hora es?

–Alrededor de las siete.

Rosie dejó caer la cabeza sobre su antebrazo y estuvo a punto de comerse un trozo del poncho de lana.

–Llevo aquí desde las cinco y aún no he hecho nada.

–¿Y cómo es posible que tú, Rosalind Harper, hayas pasado dos horas frente a un telescopio sin tomar una sola nota?

–Estaba pensando en otra cosa.

–¿Y quién es la pobre víctima?

–Cameron Kelly.

–Cameron Kelly –repitió su amiga–. ¿El Cameron Kelly que estuvo aquí el otro día?

–Sí.

–Bueno, chica, te entiendo. Qué ojos, qué espalda, qué voz. Yo misma he tenido algún que otro sueño agradable.

Rosie se mordió el labio inferior.

–La cosa ha ido más allá de un sueño agradable –suspiró–. Hemos salido a cenar dos veces desde entonces y va a venir a buscarme esta noche.

–¿Y por qué pareces tan triste?

–Porque no es el tipo de hombre con el que yo suelo salir.

–¿Cómo que no? Normalmente sales con hombres guapísimos y encantadores. Acuérdate del rubio al que te ligaste el verano pasado

y que se pasaba el día aquí.

–Jay estaba siguiendo las olas por la costa Este y su trabajo terminaba a las nueve de la mañana.

–Sí, bueno, pero era guapísimo. Y el invierno pasado…

–Marcus.

–Ah, sí, Marcus, el profesor norteamericano. Era como Harrison Ford cuando hace de profesor de arqueología en Indiana Jones. ¿Y por qué éste es diferente?

Rosie se encogió de hombros.

–No sé.

–¿Tiene algún defecto insoportable? ¿Alguna desviación de la personalidad que uno no esperaría nunca?

–No, no es eso.

–¿Entonces?

–Es maduro, serio, responsable… y demasiado ocupado con sus propios problemas como para buscar a la chica de sus sueños.

–Entonces se parece a ti –sonrió Adele–. Salvo en lo de buscar a la chica de tus sueños, claro.

–En ese sentido sí, supongo. Es la clase de hombre que te abre la puerta del coche. Y no te imaginas cómo besa…

–¿Y entonces a qué esperas?

Rosie asintió con la cabeza, pero era la ferocidad con la que ansiaba conocerlo mejor lo que la tenía tan nerviosa.

–¿Qué hago, salgo con él esta noche o me retiro ahora que estoy a tiempo?

–¿Miss Independiente quiere mi humilde opinión?

–Te pido opinión todo el tiempo.

–Sí, claro, cuando quieres algún texto científico que te interesa para una investigación.

–Oye, que no soy tan mala.

–Sí lo eres –dijo Adele–. Pero yo te quiero de todas formas.

–Es verdad, tienes razón. Es que estoy acostumbrada a cuidar de mí misma.

–Lo sé, cariño. Y me parece muy bien. Bueno, ¿de verdad quieres mi opinión?

–Sí.

–¿Dices que es vuestra tercera cita?

Rosie asintió con la cabeza.

–Pues entonces te espera una noche emocionante –rió su amiga, levantando las cejas.

–Adele, las cosas no son así. Nada pasa a menos que tú quieras que pase.

–¿No quieres acostarte con él?

–Yo no he dicho eso.

–Entonces hazlo, mujer. Pensar que, si hubiera llegado diez minutos antes esa mañana, podría haber sido yo la que estuviera en tu sitio… aunque yo no creo en la regla de la tercera cita. A mí la segunda me va bien.

–¡Adele!

–¿Puedo decir una cosa más antes de cerrar mis labios para siempre?

–Sí, por favor.

–Te gusta ese hombre, ¿verdad?

Rosie asintió y Adele le dio una palmadita en la mano.

–La familia de Cameron Kelly es una institución en esta ciudad. Al contrario que tu profesor o tu surfista, que tenían fecha de caducidad, él no va a irse a ningún sitio.

Por alguna razón, la idea de que Cameron siguiera a su lado más tiempo del normal no la asustaba tanto como podría haber imaginado.

Claro que eso la aterrorizaba.

Esa noche, mientras recorrían la carretera de Hamilton en el MG de Cameron, Rosie se mantenía tozudamente pegada a la puerta del coche, los brazos cruzados bajo el poncho, mirando por la ventanilla.

Había estado esperando en la puerta del planetario hasta que él apareció, guapísimo con unos vaqueros oscuros y una camiseta negra bajo una cazadora de diseño. Cameron la había tomado por la cintura para llevarla al coche y, después, se había molestado en poner la capota para evitar el viento, mostrando lo amistoso que era. Claro que luego le dio un beso en los labios, mostrando lo poco amistoso que podía ser.

Y en lo único que Rosie podía pensar todo el tiempo era en lo guapísimo que era.

Giraron en una calle flanqueada por altas palmeras, donde todas las casas estaban escondidas tras altos muros de piedra y verjas de hierro, pero el MG se detuvo frente a una pared de ladrillo. Y, cuando se abrió la puerta del garaje, Rosie se encontró en un sitio con espacio para tres coches. O, en aquel caso, un coche, una bicicleta de montaña, una moto acuática y tres canoas colgadas en la pared del fondo.

–Bienvenida a mi hogar.

Cameron la tomó por la cintura para entrar en la casa… de sus sueños. Tenía un salón enorme, abierto, con suelos de madera clara y una pared enteramente de cristal que llegaba hasta el segundo piso. A la derecha, una cocina con encimera de granito y una isla que hacía las veces de mesa de comedor bajo una claraboya del tamaño de un coche. En la zona del salón había un sofá de piel color crema en el que podrían sentarse diez personas, una pantalla de plasma de unas sesenta pulgadas y una enorme chimenea. Y, al otro lado de la pared de cristal, podía ver una piscina de agua azul turquesa.

Rosie dejó de catalogar y tragó saliva.

–¿Tú has hecho todo esto?

–Acabé con ampollas, me arranque una uña y me disloqué un hombro, así que no olvidaré nunca. Fue la mejor educación, te lo aseguro. Mi simpatía cuando los obreros están cansados es genuina… como lo es mi insistencia de que, si yo puedo hacerlo, ellos también. Ven, pasa –sonrió Cameron, poniendo una mano en su espalda.

Ella miró hacia el jardín. Más allá de los tejados de color naranja veía los árboles en la curva del río Brisbane. En la distancia, el puente Storey y la ciudad a punto de encender sus luces mientras la luna se levantaba como un dólar de plata entre los rascacielos.

Aquel sitio era algo más que una casa; la personalidad, la calidez, los detalles hacían que fuese algo más. Era… un hogar.

Y para una chica encantada de que el sitio en el que dormía fuera eso precisamente, un sitio en el que dormir, sin historia, sin recuerdos, nada que temiese perder, era un pensamiento extraordinario.

Adele tenía razón: Cameron Kelly podía parecer un lobo solitario, pero era un hombre con raíces en aquella ciudad.

–¿Rosalind?

–¿Duermes en el sofá? –le preguntó.

–No, mi dormitorio y el estudio están en la planta de arriba. Y más dormitorios, un bar y una sala de juegos en la planta de abajo.

–Es una casa preciosa.

–Gracias.

Cameron Kelly era diferente a los hombres con los que solía salir. Ningún surfista, ningún profesor la había tenido en aquel estado de permanente anticipación, pensó. Pero decidió que cambiar de tema era lo que necesitaba si quería calmarse.

–¿Dónde está ese telescopio que decías tener… o sólo lo dijiste para impresionarme?

–La verdad es que es más una pieza de decoración que otra cosa.

–O sea, que está lleno de polvo.

–La noche que me vine a vivir aquí estuve mirando un rato el cielo. Pero todo estaba boca abajo, así que lo dejé y me puse a ver un partido de críquet.

–¿No has oído hablar de los manuales de instrucciones? –sonrió Rosie–. Tienes que recordar que en el espacio nada está ni boca abajo ni boca arriba, es tu forma de pensar lo que coloca las cosas de ese modo. Tu problema es que te crees el centro del universo.

–Tengo la impresión de que, si seguimos viéndonos, tú solucionarás ese problema –bromeó Cameron.

¿Cuánto tiempo iban a seguir viéndose? ¿Y cuánto tiempo iba a tardar en relajarse, por el amor de Dios?

–¿Dónde está? Puedo darte una lección rápida.

–En mi dormitorio.

–Ah, claro. ¿Hay un sitio mejor desde el que espiar a tus vecinos?

–Sólo hay una manera de averiguarlo.

–No, déjalo, te creo –murmuró ella, sin saber dónde mirar.

Pero en ese momento se dio cuenta de que había estado engañándose a sí misma; había mordido más de lo que podía tragar.

Cameron estaba tan seguro de sí mismo como sólo podía estarlo alguien nacido en una familia como la suya, mientras ella había tardado una vida entera en encontrarse a gusto en su piel.

Cuando dejaran de verse, él no tendría magulladura alguna, mientras ella podría estar dañada para siempre.

Cameron Kelly no era sólo un apellido, una cuenta corriente, un arquetipo o un recuerdo distante de su pasado. Era un hombre. Un hombre de verdad. Posiblemente el único hombre de verdad que había conocido nunca.

–Hoy he tenido un día tremendo –suspiró él–. Un caos detrás de otro, empezando por una bronca de tu amigo Bruce. Y tengo tanto hambre que me comería la nevera si tuviera un cuchillo lo bastante afilado.

Rosie pensó entonces que, si de repente aparecía con una lasaña que hubiera hecho él mismo, se desmayaría.

Aquélla era una cita importante, ¿pero estaba dispuesta a hacer el amor con él sabiendo que después Cameron no se iría a ningún sitio?

Como si hubiera leído sus pensamientos, él le sonrió, con los hoyitos más seductores del mundo a cada lado de la boca y un brillo provocativo en los ojos azules que era prácticamente una invitación.

Tal vez había mordido más de lo que podía tragar. Tal vez tenía que ajustar su perspectiva sobre quién era Cameron y si ella podría controlarlo. Tenía que confiar en que sabría cuándo había llegado el momento de apartarse antes de ir demasiado lejos. O quizá, sólo quizá, merecía la pena lanzarse de cabeza al precipicio por él.

–No sé qué esperaba encontrar aquí –suspiró Cameron, mirando el interior de la nevera–. ¿Qué tal si pedimos comida china por teléfono?

Rosie dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

–Me parece estupendo.

CAPÍTULO 9

UNA hora después, Rosie y Cameron estaban sentados en la cocina, tres de los cuatro cartones de comida china ya vacíos.

–Menos mal que has dejado uno vivo –rió Cameron–. Pensé que iba a tener que lanzarme sobre la comida para salvarte de ti misma.

–No te preocupes, sé cuándo parar.

La risa de Cameron se convirtió en una agradable sonrisa y Rosie tuvo que sonreír también. El susto al entrar en la casa se había convertido en un simple recordatorio de que debía tener cuidado. Y, una vez marcados los límites, había empezado a relajarse.

La chimenea estaba encendida, la música era suave y la conversación fluía con naturalidad. Aunque estaba cansada.

–Te has manchado ahí… –dijo Cameron en voz baja.

Estaba mirando su boca y Rosie sacó la punta de la lengua para rozar la comisura de sus labios…

Arrugando el ceño, él puso el dedo un centímetro más abajo y luego procedió a chupar la salsa que había encontrado allí. Y, de repente, a Rosie se le olvidó el sueño.

–De todos los sitios del mundo que podrías haber elegido, ¿cómo es posible que un hombre como tú haya acabado tan cerca de su casa?

–No está tan cerca.

–St. Grellans está a cinco minutos de aquí. Y la casa de tus padres tampoco está lejos.

–¿Que quisiera vivir en uno de los mejores barrios de la ciudad no te parece razón suficiente?

–No.

Cameron tomó un trago de cerveza.

–¿Cuánto hace que nos conocemos?

–Tres días.

–Y ésta es nuestra tercera cita.

Rosie asintió con la cabeza y él se quedó mirando las burbujas de color ámbar, pensativo.

–Meg sigue viviendo en casa, aunque se pasa la mitad del tiempo con su amiga Tabitha. Brendan vive en Clayfield, cerca del colegio de sus hijas. Dylan en Morningside, en la zona de los cafés.

Así que tienes razón, todos vivimos a un tiro de piedra de la casa familiar.

–¿Y por qué no te fuiste al otro lado de la ciudad cuando discutiste con tu padre? ¿O al otro lado del país? O del mundo. Yo lo he hecho varias veces.

–Imagínate lo que hubieras hecho si los viajes interestelares fueran posibles –bromeó Cameron–. Estoy seguro de que no hubieras pisado mi casa.

Rosie había creído que lo conocía, pero hasta ese momento no se le ocurrió pensar que Cameron la conocía también.

–No estamos hablando de mí. Al contrario que la tuya, mi vida es un libro abierto. No hacen falta más análisis.

Él la tomó por la cintura para llevarla hacia el ventanal.

–Esta vista de la ciudad es lo que me ha inspirado para hacer lo que hago. Desde aquí puedo ver casi todos los edificios que he construido, aunque he pasado más tiempo del que me gustaría admitir en la piscina, fantaseando sobre dónde levantaría el siguiente. Y esa panorámica me recuerda que, aunque estoy creando el futuro de la ciudad, no debo robar la estética de aquéllos que llegaron antes que yo. Y confiar que, en el futuro, los otros constructores hagan lo mismo. ¿Es lo más egocéntrico que has oído en tu vida?

Rosie negó con la cabeza, preguntándose si sabría cómo la afectaban sus sonrisas.

–No era eso lo que estaba pensando.

–¿No?

–Estaba pensando que, por mucho que te guste hacer pensar a la gente que te consideras el centro del universo, en realidad no es verdad.

–¿No me digas?

–¿Por qué rascacielos? ¿Por qué no grandes superficies o garajes o edificios de apartamentos?

–Cuanto más grande el edificio, más grande… la cantidad de dinero que gano –sonrió Cameron, travieso.

–No creas que vas a distraerme con tus bromas y con tu comida china. Me he dado cuenta de algo.

Cameron apoyó un brazo en la encimera, inclinando la cabeza hacia ella.

–Cuéntame.

–La oveja negra, el lobo solitario, el jefe seguro de sí mismo…. Todo eso es una fachada. Tú, amigo mío, eres un romántico.

Eso era lo último que Cameron hubiera esperado escuchar. ¿Romántico él?

Rosalind estaba absolutamente equivocada. Pero una carcajada era lo último que debía esperar.

–No te hagas ilusiones sobre mí –le dijo–. Soy un hombre soltero de treinta y dos años… y hay una buena razón para ello. No soy romántico en absoluto.

–Tú creas edificios que tocan el cielo, cada uno más grande que el anterior. Yo miro las estrellas todas las noches pero tú estás intentando llegar a ellas. Piénsalo y verás que tengo razón –insistió Rosie.

Cameron pensó entonces que, aunque parecía dura por fuera, por dentro era muy blandita. Su triste infancia había dejado una huella, de modo que iba por la vida con el corazón malherido… y él no tenía intención de hacerle ningún daño porque entonces no sería mejor que su padre.

Había pasado por situaciones parecidas otras veces, quizá no tan pronto y quizá no tan profundamente, pero había estado allí y sabía lo que debía hacer.

Sin embargo, dejándose llevar por el brillo de esos ojos grises, por el deseo de hacerle ver que lo que estaba a punto de hacer no era culpa suya, y antes de que pudiera detenerse a sí mismo, Cameron tomó su cara entre las manos y la besó.

Sabía a miel y a soja. Era suave, cálida y encantadora.

Se apartó un segundo, pero sólo para volver a besarla, más despacio, con más pasión. Y no tenía intención de soltarla hasta que ella le devolviera el beso.

Afortunadamente, Rosalind no tardó mucho.

Dejando escapar un suspiro que hizo temblar todo su cuerpo, se dejó caer sobre él y Cameron la besó hasta que tras sus párpados cerrados sólo podía ver puntitos rojos y negros… y una soledad desoladora que no parecía tener final.

Pero seguía besándola, apretando su trasero, aplastándola contra su torso como si quisiera pegarla a él. Tenía los ojos cerrados y la besaba con toda sus fuerzas, hasta que no recordaba haber hecho

otra cosa.

Pero, como pasaba con todo lo bueno de la vida, llegó el inevitable final.

Rosalind fue la primera en apartarse, dejando caer la cabeza sobre su pecho, las manos en su abdomen.

Cameron abrió los ojos, las luces devolviéndolo a la realidad; la realidad de lo que estaba haciendo y de lo que había estado a punto de hacer.

En lo único que podía pensar era en tomarla en brazos, llevarla al dormitorio y hacerle el amor durante toda la noche. Bueno, una vez allí seguramente no saldrían en varios días.

Y eso dejaba claro hasta dónde podía llegar un hombre para saciar el deseo de algo que la razón, el sentido común y la experiencia le decían que no debería desear.

Ese destructivo deseo, algo a lo que siempre había temido estar predispuesto genéticamente, fue la razón por la que levantó su barbilla con un dedo para mirarla a los ojos.

–¿Puedo sugerir que vayamos un poco más despacio?

Ya estaba. Lo había hecho. Después de un beso de los que impedían que un hombre pudiera pensar con sensatez durante horas, había dicho lo que tenía que decir.

Pero ella se puso pálida y colorada un segundo después. Y lo miró como si acabase de darle una bofetada.

–Rosalind…

–No, déjalo.

–Tres citas en tres días ha sido un exceso por mi parte. Y sé que estás agotada. Te he visto intentando disimular un bostezo más de una vez.

Rosalind le mostró su móvil.

–Y por eso creo que es el momento perfecto para llamar a un taxi.

Después de pedirlo, Rosalind tiró el móvil dentro del bolso.

–¿Por qué lo has llamado? Yo pensaba llevarte a casa…

–¿Ah, sí? ¿Lo tenías en tu agenda? Besar a Rosalind a las nueve, plantarla a las nueve y cuarto, llevarla a casa a las nueve y media. En la cama, a las once.

–Por favor, escúchame. No te estoy dejando plantada –intentó convencerla Cameron–. Lo único que digo es que debemos ser

sensatos.

–Si fuera sensata, no habría salido con el chico del que estaba enamorada en el colegio. Evidentemente, ha sido un error.

El corazón de Cameron golpeaba con fuerza sus costillas. ¿Rosalind había estado enamorada de él en el colegio?

–Ven aquí, siéntate. Vamos a hablar un momento…

–No, por favor. Además tenías razón, estoy agotada. Tú estás ocupado, yo estoy ocupada y ninguno de los dos quiere que esto sea algo más de lo que tiene que ser. No pasa nada.

Cameron no tenía la menor duda que Rosalind estaba esperando una palabra: adiós. Era una palabra muy sencilla. Benigna, ambigua, final.

Pero no podía hacerlo. No podía ser tan frío con ella. Rosalind había sido absolutamente sincera con él desde el principio y merecía lo mismo.

–No eres tú…

–¿Dónde está ese dichoso taxi?

–Rosalind, necesito que me escuches –insistió él, tomándola del brazo–. Yo estaba en tercero cuando vi a mi padre saliendo de un hotel con una mujer que no era mi madre. Y vi cómo la besaba. Allí, en la calle, delante de todo el mundo… mi padre, a quien todo Brisbane conocía. Ni se le ocurrió ser prudente por respeto a la mujer con la que todo el mundo lo creía felizmente casado durante treinta años.

Rosalind se había quedado como una estatua, permitiéndolo hablar de cosas de las que no quería hablar.

–Mi madre tuvo que soportar mucho estando casada con un hombre como él. Las largas horas de soledad, el ego, tener que criar a su familia con los fotógrafos observando cada movimiento. Y lo hizo con gracia, con humildad y con amor. Que mi padre mostrase por ella y por todos nosotros tal desprecio…

–Cameron sacudió la cabeza–. Yo no quiero ser como él, Rosalind. Prefiero que te vayas ahora si así te hago menos daño. No puedo ofrecerte nada más porque sé que incluso la más sólida de las relaciones fracasa bajo el peso de las mentiras y los secretos.

Ella no dejaba de mirarlo, la fuerza de sus ojos grises anclándolo al suelo.

–Tú esperas demasiado de los demás.

–¿Crees que esperar lealtad de un padre es demasiado?

Rosalind apretó los labios, pero no desvió la mirada.

–Algunas personas son más débiles que otras.

–Lo siento, pero no puedo aceptar eso.

–Pues es una pena.

Cameron se pasó una mano por el pelo. No había esperado que la conversación acabara así. Había esperado sentirse justificado siendo sincero con ella. En lugar de eso, Rosalind lo hacía sentir como si fuera él quien estaba equivocado.

Entonces sonó el timbre… el taxi. Rosalind lo miró y sus ojos le decían: «Pídeme que me quede».

Pero su barbilla levantada decía: «Déjame ir».

Cameron miró sus ojos. Esos preciosos y tristes ojos grises que deseaban más de lo que él podía ofrecerle.

–Te llamaré.

Ella asintió con la cabeza y, después de una breve sonrisa que no contenía el buen humor al que se había acostumbrado, se dio la vuelta y salio de la casa sin mirar atrás.

CAPÍTULO 10

ROSIE estaba agotada, pero no era capaz de pegar ojo y, en cuanto el despertador de la mesilla marcó las tres menos cuarto, se levantó de la cama.

No podría ver a Venus hasta una hora antes del amanecer, pero prefería estar al aire libre que mirando el techo de la caravana, preguntándose cómo podía haber dejado que Cameron entrase en su vida justo en el momento en el que él había decidido que no tenía sitio en la suya.

Pasándose una mano por el pelo, y encontrando muchos nudos en su caótica melena, entró en el baño para lavarse la cara. Y mientras se secaba se miró al espejo: los ojos oscurecidos, el gesto triste…

Parpadeando, se vio a sí misma a los catorce años, en el baño que compartía con su madre, y volvió a sentir aquel dolor tan familiar. No era el dolor de una niña que soñaba con el chico de su vida, era el dolor de una niña que nunca había sido lo bastante lista, lo bastante buena o lo bastante devota como para llenar el agujero en el corazón de su madre.

¿Cómo una chica invisible como ella había esperado llenar el corazón de otra persona?

Hora de irse, pensó. Concentrarse en el colosal misterio del universo haría que sus problemas pareciesen menos importantes.

Como hacía demasiado frío, se puso la ropa encima del pijama de franela: un jersey de lana gruesa que había comprado el año anterior, una bufanda gris, un gorro con dos pompones rojos y los vaqueros que había llevado por la noche.

Pero la excursión hasta la pradera donde solía colocar el telescopio no fue en absoluto agradable. Hacía frío, se sentía incómoda, la mochila pesaba una tonelada y, cuando llegó, el cielo nocturno estaba cubierto de nubes.

Después de montar la tienda de campaña, colocó una manta en el suelo y se sentó con las piernas cruzadas, esperando que las nubes se abriesen para revelar un cielo lleno de estrellas.

Pero el tiempo pasaba y el cielo seguía cubierto de nubes.

Nada de misterio, nada de majestad, nada que pudiera hacer que

dejase de pensar en Cameron. Cerrando los ojos, Rosie se tumbó sobre la manta.

Adele y ella estaban equivocadas. Cameron no era diferente a los demás hombres. Todos se marchaban tarde o temprano; que vivieran o no en la ciudad era irrelevante…

Oyó entonces el crujido de una rama y levantó la cabeza, asustada.

Podría ser un conejo. Aunque había oído rumores sobre un felino en la zona. Y tampoco podía desechar la posibilidad de que hubiera un asesino demente merodeando por allí a la tres de la mañana.

Se levantó de un salto y estaba escudriñando entre las sombras cuando Cameron apareció por detrás de unos arbustos, alto, imponente, impresionante.

–¿Se puede saber qué haces aquí? –exclamó, apuntándole con un objeto metálico.

Cameron levantó las manos en señal de rendición.

–Te he llamado al móvil varias veces pero no contestabas, así que llamé a Adele.

–¿Adele?

–Ella me dio el teléfono de su casa la primera vez que te llamé. Imagino que por si hubiera alguna emergencia.

Rosalind bajó el arma.

–No creo que ése fuera el motivo.

–En cualquier caso, Adele me dijo dónde podía encontrarte. ¿Se puede saber qué haces aquí en medio de la noche, donde podría pasarte cualquier cosa?

Rosie guiñó los ojos, recelosa.

–Me has dicho cómo has llegado hasta aquí, pero no por qué. Y date prisa, tengo que ponerme a trabajar.

Cameron eligió una razón a la que ella no pudiera ponerle pegas:

–Estaba mirando el cielo desde el telescopio de mi habitación cuando recordé lo que tú habías dicho, que no había visto estrellas hasta que las hubiera visto desde aquí. Y pensé, ¿por qué no? De todas formas estaba despierto.

–¿Y qué quieres ver? –le preguntó ella.

–No sé, enséñame algo espectacular.

–Has elegido una mala noche –suspiró Rosie, mirando el cielo–. Ah, vaya, ¿qué te parece? Hace cinco minutos no se veía nada, pero entra él y ahí están las estrellas, luciéndose. Asquerosas todas.

Cameron soltó una carcajada mientras levantaba los ojos. Allí estaba la Vía Láctea, extendida sobre el cielo como si alguien hubiera volcado un cofre de joyas sobre una manta de terciopelo negro.

Luego miró a Rosie, su largo y pálido cuello, su pelo brillando a la luz de la luna. Espectacular.

–Echa un vistazo –dijo ella, colocando el telescopio.

Al mirar por la lente, Cameron se quedó sin aliento.

Estaba viendo la cara más brillante de la luna: cráteres y valles en blanco y gris, tan cerca y, sin embargo, tan lejos.

–También he venido porque no me gusta dejar una conversación sin terminar –le dijo, apartándose del telescopio.

–Me parece que los dos hemos dicho todo lo que teníamos que decir.

–¿Puedo preguntarte una cosa?

–¿Qué?

–¿Si no te hubiera besado…?

Rosalind tembló y, aunque Cameron sabía que no era de frío, le habría gustado ponerle su cazadora. Pero sabía que la rechazaría.

–¿Qué quieres de mí, Cameron?

–¿La verdad?

–Siempre.

–No me gustó que te fueras de mi casa anoche. Lo paso muy bien contigo, me gusta tu franqueza… y supongo que habrás notado que me cuesta trabajo apartar las manos de ti. Y nada de eso ha cambiado. Lo único que esperaba era que siguiéramos viéndonos mientras los dos quisiéramos hacerlo, nada más.

–¿Y quién decidirá cuándo dejamos de vernos? –preguntó Rosalind.

–Puedes decidirlo tú, si eso es lo que te preocupa.

–¿Y si creo que deberíamos dejar de vernos ahora?

–¿Lo crees?

Ella apartó la mirada.

–No, la verdad es que no.

–No quiero hacerte daño.

–Yo no dejaría que me lo hicieras –respondió Rosalind. No estaba sonriendo, pero tampoco parecía enfadada–. ¿No tienes frío?

Cameron se dio cuenta entonces de que estaba temblando. Ella iba vestida como para subir al Everest, pero él seguía llevando la camiseta y la cazadora.

–Estoy helado –contestó, saltando de un pie a otro.

–Tienes que conservar el calor corporal.

Él dejó de saltar como una rana.

–¿Quieres ayudarme?

–Oye, que yo estaba aquí haciendo mis cosas. Eres tú el que ha venido a buscarme.

Aún no sonreía, pero en sus ojos empezaba a asomar el buen humor.

–Sí, es verdad.

–Entra en la tienda y envuélvete en el saco de dormir, anda. Estarás muerto de calor en cinco minutos.

–¿Quién hubiera imaginado que en ti había un ángel de la guarda? –bromeó Cameron.

–No, qué va. Es que pesas demasiado como para tener que llevarte en brazos hasta el coche –murmuró ella, dándole un empujoncito.

Había ido a buscarla, a las tres de la mañana, por una carretera sin luces. Eso era algo enteramente nuevo para ella. Los hombres se habían ido antes, pero ninguno había vuelto.

No tenía mucha experiencia amorosa como para comparar, pero era lo bastante sensata como para entender el miedo de Cameron a ser como su padre. Y que ahora que el barco había vuelto a enderezarse, las cosas entre ellos serían como antes.

Pero no tuvo tiempo para decidir si había sido inteligente o sencillamente boba porque, de repente, oyó un inquietante desgarrón en la tienda.

–¿Se puede saber qué haces? –exclamó entrando en la tienda, los pompones de su gorro rozando el techo.

Pero cuando Cameron tiró de su jersey para aplastarla contra su pecho se quedó sin aliento. Esperaba que su instinto pudiera apartarla, pero su instinto parecía tan inmovilizado como ella.

Estaban muy cerca el uno del otro y podía oír los latidos de su corazón. Y supo entonces, como sabía su propio nombre, que había

hecho lo que debía: su tiempo con Cameron Kelly no había terminado.

Él alargó una mano para acariciar su cuello y todo su cuerpo respondió abriéndose como una flor. Y cuando la besó, con una ternura exquisita, se derritió del todo… hasta que, de repente, llegó el cruel final.

Cuando abrió los ojos, Cameron estaba mirando su pecho. Y su pecho no era precisamente llamativo sin un poco de ayuda.

–¿Qué llevas debajo?

–El pijama. Hacía frío y estaba triste.

–Rosalind…

Cómo pronunciaba su nombre…

Rosie lo miró a los ojos. Esos profundos, oscuros, persuasivos ojos azules.

Cuando desabrochó el primer botón del pijama se quedó sin aire.

Y cuando volvió a besarla se sintió tan débil que temió romperse en mil pedazos antes de que la noche terminase.

Horas después, Rosie pasaba los dedos por el torso desnudo de Cameron mientras él jugaba con su pelo.

Los primeros rayos del sol se colaban en la tienda de campaña, dejando su hermoso perfil en relieve mientras ella estaba protegida por su cuerpo.

Como tenía que ser. Por mucho que luchara contra su verdadera naturaleza, él era hijo de la luz, ella de las sombras.

Tal vez los únicos momentos en los que pudieran estar juntos serían el amanecer y el anochecer, cuando todo parecía más suave, más tranquilo. Cuando nada, pasado o futuro, importaba más que aquel momento.

Una gran sensación de tristeza la abrumó entonces. Por qué, no lo sabía. Debería sentirse feliz.

Apoyando la barbilla en la mano, y en la semioscuridad de la tienda, le dijo:

–He llegado a la conclusión de que tú eres el equivalente humano de Alfa Centauri.

Cameron abrió los ojos y su tristeza desapareció.

–¿Debo preguntar por qué?

–Voy a decírtelo de todas formas: Alfa Centauri parece un simple punto de luz para el ojo humano, pero en realidad es un sistema estelar que tiene tres estrellas.

–¿Crees que tengo múltiple personalidad?

–No, pero creo que en ti hay algo más que lo que ve todo el mundo. Además, eres llamativo, brillante y pareces estar más cerca de lo que lo estás en realidad.

–¿Llamativo y brillante? –rió él, acariciando su espalda–. ¿Y cuánto tiempo has estado ahí pensando esas cosas?

–No mucho.

–¿Dónde está mi gemelo celestial ahora mismo?

–A cuatro trillones de kilómetros –sonrió Rosie, enterrando la cara en el hueco de su hombro–. Acabo de compararte con esferas de gases ardientes. Y después de las cosas tan agradables que me has hecho…

–Es culpa mía.

–No, qué va. Lo que quería decir es que al final no eres como yo esperaba que fueras.

–Un hombre debe intentar en lo posible exceder las expectativas de los demás.

–A lo mejor sí, pero en mi experiencia la mayoría de los hombres ni se molestan.

–¿En tu experiencia? Ah, ése es un tema del que me gustaría hablar –replicó él, moviendo las cejas.

–No, lo siento, no es momento para tener esa conversación –suspiró Rosie, incorporándose para ponerse la chaqueta del pijama, el gorro y la bufanda.

–¿Qué tal si seguimos hablando de ello el sábado por la noche, en la fiesta de mi padre? –sugirió Cameron.

–¿Qué?

–En el cumpleaños de mi padre. Anoche, mientras limpiaba el suelo de mi casa paseando de un lado a otro, pensé en algo que tú me habías dicho y tomé la decisión de ir.

–¿Qué dije?

–Que te hubiera gustado conocer a tu padre, fuera el hombre que fuera. Yo necesito enfrentarme con él. Y como eres tú la que me ha convencido, he pensado que te gustaría venir.

Unas horas antes le había dicho que debían dejar de verse tan a menudo y ahora quería llevarla a casa de sus padres. Rosie intentó imaginar a qué estaba jugando, pero su precioso torso hacía imposible que se concentrase de verdad.

–¿El sábado? Lo siento, no puedo.

–Será una fiesta estupenda.

–Sí, ya me imagino.

–La verdad es que te necesito allí, a mi lado.

Rosie intentó no pensar en lo maravillosa que era esa frase: «Te necesito allí, a mi lado».

Lo único que había querido de pequeña era sentirse necesitada, querida. Había sido una buena niña, estudiaba mucho y abrazaba a su madre cada vez que la encontraba llorando… aunque en el fondo sabía que eso nunca sería suficiente.

Desde que estaba sola en el mundo, lo único importante para ella era tener su telescopio y un refugio. Ser necesitada por otra persona era algo que casi había olvidado.

Y, sin embargo, la frase de Cameron…

Había pasado tanto tiempo desde que enterró ese deseo que cuando salió a la superficie era abrumador.

–Me lo pensaré.

–No lo pienses, ve conmigo –murmuró él, besando su hombro.

Rosie se apartó de sus traviesas manos y salió de la tienda. Prefería estar medio desnuda al aire libre que prometerle el sol y la luna por una simple caricia…

–Vendré a buscarte a las ocho, quieras o no.

–Está bien, iré. ¿Contento?

–Ahora estoy contento –sonrió Cameron, con las manos en la nuca, los bíceps sujetando su cabeza–. Tienes que llevar un vestido de fiesta.

–¿Crees que ésa podría ser una razón para que me echase atrás?

–No, en absoluto. Por el momento, no te resulta difícil decirme que no cuando de verdad quieres decirme que no.

–No tienes ni idea –murmuró ella.

–¿Qué?

–Nada –suspiró Rosie–. Iré contigo a esa fiesta porque estoy muy orgullosa de que me hayas escuchado. Nada más.

Cameron asintió con la cabeza. Y Rosie se alegraba de que la

creyese… aunque no estaba muy segura de creerlo ella misma.

–¿No deberías irte? ¿No tienes obreros a los que maltratar?

–¿Tú tienes que ir a algún sitio?

–Pues no, porque éste es mi lugar de trabajo.

Pero desde que apareció, tan guapo y tan conciliador, diciendo que no podía apartar sus manos de ella, Rosie se había olvidado del trabajo, del tiempo y del desayuno.

Unas campanitas de advertencia empezaron a sonar en su cerebro, diciéndole que terminara de vestirse.

–¿Entonces qué haces ahí, con lo bien que podrías estar aquí? –sonriendo, Cameron apartó el saco de dormir para hacerle sitio.

Era lo mismo que ella estaba haciendo, pensó. Y quizá era lo que una chica tenía que hacer por el hombre que volvía a buscarla.

–¿Por qué no? –sonrió.

Y, tirando el gorrito y la bufanda por encima de su hombro, volvió a tumbarse a su lado.

–Así que estabas enamorada de mí en el colegio, ¿eh? –murmuró Cameron, mientras le quitaba el pijama.

–No sé, creo que eras tú, pero no estoy segura –rió ella–. Tú eras el capitán del equipo de fútbol, ¿no?

–Deja de mentir y háblame del día que pusiste tus ojos en mí y tu tierno corazón de adolescente se volvió loco de amor.

–Cameron Kelly –suspiró Rosie, mientras él acariciaba su espalda–. Vas a tener que hacer algo mejor si quieres que te cuente un solo detalle.

Cameron hizo algo mejor y, como una cobarde, ella empezó a cantar.

Y, como había esperado, las campanitas de alarma pronto fueron reemplazadas por una sinfonía de sensaciones que sólo podía experimentar con aquel hombre.

CAPÍTULO 11

ROSIE durmió durante gran parte del día siguiente y el sábado por la mañana despertó tarde, despeinada y absolutamente feliz.

Estaba mirando un escaparate en la mejor zona de Brisbane después de comer cuando Adele llegó a su lado, sin aliento.

–Lo siento, llego tarde. ¿Cuál es la emergencia?

–Tengo que comprarme un vestido.

–¿Y ya has visto alguno que te guste?

–No, aún no. No he entrado todavía.

Adele miró los preciosos vestidos del escaparate.

–¿Alguna razón especial para que te hayas parado aquí precisamente?

–Esta noche tengo que ir al cumpleaños del padre de Cameron.

–Ah, entonces sigues saliendo con el gran y magnífico Cameron Kelly –rió Adele.

–No estamos saliendo. Hemos acordado que nuestra relación consiste en cenar juntos de vez en cuando. Nada más.

–Jo, Rosie, nunca te había visto tan tontita.

–No estoy tontita. Es que… mira, déjame en paz.

–Te ha invitado a la fiesta de cumpleaños de su padre, donde conocerás a toda la familia. A mí me parece que estáis saliendo juntos.

–Venga, ayúdame a encontrar un vestido.

–¿Tú has visto los precios?

–Puedo permitírmelo –Rosie se encogió de hombros.

–Pues ése de ahí cuesta lo mismo que un coche pequeño.

–Lo de vivir en una caravana tiene sus beneficios.

–Ya veo.

Rosie miró un vestido negro precioso, el que se esperaría que llevase la acompañante de Cameron Kelly.

No hablaba de broma al decir que se sentía orgullosa de que la hubiera escuchado porque sabía lo difícil que sería para él enfrentarse con su padre. Y quería estar a su lado en ese momento. Y, si era sincera consigo misma, cuanto más lo pensaba, más le apetecía ir; como si quisiera vivir la experiencia porque ella nunca podría vivirla con su propio padre.

Y si eso significaba tener que alisarse el pelo, ponerse pechugas de pollo bajo el sujetador y ponerse un vestido que ella jamás hubiera comprado para cualquier otra ocasión, que así fuera.

¿Debía hacerlo?, se preguntó entonces. ¿Tendría que incluir a Cameron en todas sus decisiones a partir de aquel momento? ¿Era eso o perderlo?

–¿Vamos a entrar o no? –preguntó Adele–. Estoy segura de que la dependienta no va a sacar los vestidos a la calle para que los veas.

–Espera un momento.

–Te veo un poco colorada. ¿Te encuentras bien?

Rosie acababa de darse cuenta de algo. Ella era totalmente diferente a las chicas con las que Cameron solía salir. Ella, con su aspecto hippy, con el pelo desesperadamente necesitado de un buen corte, con su bocaza.

Y Cameron lo sabía.

Y, sin embargo, de todas las mujeres con las que podría haber ido a la fiesta, la había elegido a ella.

–Vamos a otro sitio.

–No, Rosie, no voy a dejar que compres un vestido de segunda mano para ir a la fiesta de Quinn Kelly. Por favor, hazlo por mí. Por el príncipe de Brisbane, al que un día podrías presentarme, me niego en redondo.

Cameron conducía por la carretera de Samford, con una mano en el volante, la otra en el labio superior.

En unas horas tendría que ver a su padre cara a cara por primera vez en muchos años.

Podría haber inventado una excusa creíble. Nadie en su familia se hubiera llevado una sorpresa, pero ahora que se había comprometido no podía echarse atrás.

Respirando profundamente, pisó el acelerador para llegar a la caravana de Rosalind.

Rosalind…

Esa noche juntos había sido más de lo que hubiera podido imaginar. En realidad, había sido la noche más intensa de toda su vida. Y no podía estar más impresionado consigo mismo por haber

ido a buscarla.

Cameron se vio obligado a levantar el pie del acelerador y a concentrarse en la carretera porque las ramas de los árboles rozaban el coche.

Habían pasado treinta y seis horas desde la última vez que se vieron, desde que la dejó en la puerta de su caravana, con sus soles y flores pintadas, como una reliquia de los años setenta. Desde que tocó su pelo, desde que le dio el último beso.

Cuando detuvo el coche frente a la caravana comprobó que, afortunadamente, el suelo no estaba lleno de barro, de modo que no iba a mancharse los elegantes zapatos. Pero como no había ni timbre ni campanilla levantó la mano para llamar a la puerta…

Enseguida oyó ruido de pasos, seguido de un golpe y luego una palabrota. Cameron tiró de su corbata y se colocó el cinturón para que la hebilla estuviera exactamente bajo su ombligo. No había razón para estar nervioso, se dijo. Entonces, ¿por qué de repente se sentía como si tuviera diecisiete años otra vez y fuera a buscar a su cita para el baile del instituto?

La puerta de la caravana se abrió entonces y, a la luz de la luna, Rosalind apareció como la heroína de una película de los años treinta.

Con los hombros desnudos salvo por una delgada cadenita de plata sobre el hombro derecho, llevaba un vestido de color malva hasta los pies, el pelo sujeto en un moño, con dos mechones cayendo sobre su cara.

Nunca en toda su vida se había quedado sin habla, pero Rosalind Harper, con su noble encanto, lo había dejado mudo.

–Hola.

Lo miraba como si le hiciera feliz, como si él fuera todo lo que deseaba.

Y el corazón de Cameron latía a una velocidad de vértigo.

Rosalind soltó un silbido, mirándolo de arriba abajo.

–¡Qué bien te queda el esmoquin!

–Tú sí que estás guapa. Y ese vestido… no tengo palabras.

–¿Este vestidito de nada? –bromeó ella.

–Sí, claro. ¿Estás lista?

–Dos segundos. No encuentro uno de mis pendientes –dijo Rosie–. En un sitio tan pequeño no debería perder nada, ¿verdad?

Pues yo lo pierdo todo.

–¿Quieres que te ayude a buscarlo?

–Sí, por favor.

En la cocina, o el espacio que hacía de cocina, había un tendedero con ropa interior de encaje. Y Cameron tuvo que tragar saliva, preguntándose qué llevaría bajo el vestido. Podría saber la respuesta si quisiera, claro. Y estaba convencido de que, al menos, iba a intentarlo.

–¡Ah, aquí está! –exclamó Rosalind–. Venga, vamos, se está haciendo tarde –dijo luego, tomando un bolso y un echarpe de piel falsa del mismo color que su pelo.

–¿No cierras con llave?

–No hace falta, por aquí no viene nadie. Además, si alguien es tan valiente como para aventurarse en este lado del bosque, les invito a que se lleven lo que quieran.

Cuando llegaron al coche, Cameron la tomó por la cintura para mirarla a los ojos.

–Prométeme que cuando vuelvas a casa esta noche cerrarás la puerta con llave.

–Es una vieja caravana y la puerta no se puede abrir a menos que sepas exactamente cómo hacerlo. No puede entrar nadie, te lo aseguro.

Rosie le dio un besito en los labios, un beso suave, como una promesa, antes de subir al coche, y Cameron tardó un par de segundos en dar la vuelta y sentarse frente al volante.

Estaba a medias concentrado en la carretera, a medias en la fiesta de esa noche. Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en la mujer que iba a su lado.

Cuando llegaron frente a la verja de la mansión de los Kelly, Rosie estaba tan nerviosa que apenas podía disimular.

Conocer a los famosos Kelly sólo era la mitad del problema. Estaba allí con Cameron y, mientras fuera ella misma y lo apoyase, no pasaría nada. Pero cuando apareció en su puerta, tan guapo, tan elegante con su esmoquin, se dio cuenta de que el día que dejaran de verse sería el día más triste de su vida.

Rosie se incorporó un poco en el asiento.

–¿Eso que veo ahí es una bandera irlandesa?

–Bienvenida a la mansión de los Kelly, donde todo se hace a lo grande.

Poco después detenía el coche frente a una enorme casona de piedra que parecía una mansión de una vieja película inglesa y un sirviente con librea, ni más ni menos, tomó las llaves para aparcar el deportivo en el garaje.

–¿Habrá mucha gente en la fiesta?

–Sólo doscientos de los mejores amigos de mi padre –replicó él, sin poder disimular la amargura.

Rosie puso una mano en su brazo.

–Estás haciendo lo que debes hacer, Cameron. Cuando te dije que me hubiera gustado tener la oportunidad de hablar con mi padre para que me explicase por qué había hecho las cosas que había hecho, lo dije completamente en serio.

–Eres una mujer magnánima, Rosalind Harper.

–Y tú, Cameron Kelly, eres un hombre asombroso. Y tienes una familia que, evidentemente, quiere que formes parte de su vida. No lo estropees o nunca te lo perdonaré.

–Ah, no, eso nunca –sonrió él.

Cameron pulsó el timbre mientras Rosie se arreglaba un poco el pelo e intentaba llevar aire a sus pulmones.

–¿Todo bien?

–Sí, sí… pero, para tu información, la vista desde tu casa es mucho mejor que ésta.

Él sonrió cuando se abría el enorme portalón de madera.

–Sabía que te había traído por alguna razón.

Si el aspecto exterior de la casa era impresionante, el salón de baile donde tendría lugar la fiesta lo era mucho más.

Unas doscientas personas, todas con elegantes trajes de fiesta, se movían por el impresionante espacio rectangular con suelo de parqué brillante y seis lámparas de araña colgando del techo.

–Vamos –dijo Cameron, tomando su mano para llevarla a la pista de baile, al fondo de la cual tocaba una banda de jazz.

–¿Qué haces?

–Vamos a bailar –sonrió él, apretándola contra su pecho–. Ah, si

me hubieras dejado bailar así cuando estábamos en el colegio, a saber qué hubiera pasado.

–¿Perdona?

–Durante el último año… tú estabas en el baile de fin de curso, ¿verdad?

Rosie cerró los ojos para no mostrar lo que ya no podía negar: que seguía siendo la joven ingenua que había visto algo excepcional en él tantos años antes.

–Te acuerdas de mí.

–Me acordé hace un par de días, pero se me había olvidado contártelo –dijo Cameron–. Llevabas unos vaqueros, una camiseta rosa sin mangas y suficiente raya negra en los ojos como para ocultar el resto de tu cara. Y puede que me equivoque pero… ¿no llevabas dos trenzas?

–Oh, no, se me había olvidado –suspiró Rosalind–. Estaba en la fase: «Apártate de las princesitas antes de que ellas se aparten de ti». ¿Pero sabes una cosa? Creo que aún no se me ha pasado.

Cameron levantó su barbilla con un dedo para mirarla a los ojos.

–Me alegro. Y, para que lo sepas, estabas adorable. Aunque dabas un poco de miedo.

–¿Yo, miedo?

–Yo estaba por ahí bailando con unas y con otras y, al darme la vuelta, me encontré con esa fascinante criatura de barbilla levantada y ojos fieros, retando al mundo a criticarla por ser ella misma.

–¿Estás hablando en serio? –murmuró Rosie, recordando aquel momento, cuando le pareció que miraba al chico más guapo del planeta.

–Pues claro que sí. Pero enseguida me di cuenta de que tú tenías demasiada personalidad como para fijarte en mí. ¿Y sabes una cosa? Nada de lo que has hecho o dicho esta semana me ha hecho pensar lo contrario. Claro que ahora soy lo bastante mayor como para que no me importe.

Y luego la besó, tan suave, tan tiernamente, que se le puso el corazón en la garganta.

–Vaya, pero si es el pequeño de los Kelly. No me lo puedo creer –oyeron una voz masculina.

Cameron la soltó y Rosie tuvo que parpadear.

–Brendan, te presento a mi amiga Rosalind Harper –dijo él, sin poder disimular la tensión–. Mi hermano Brendan, el heredero del imperio de mi padre.

Brendan Kelly la saludó con una fría sonrisa.

–Encantado.

–Lo mismo digo. Bueno, voy a dar una vuelta por ahí… a ver si como algo –se despidió Rosie.

–Iré a buscarte en cinco minutos –dijo Cameron.

Mientras se abría paso entre grupos de gente que no conocía y a los que no tenía intención de conocer, Rosie volvió la cabeza para verlo hablando con su hermano.

Ella lo había llevado allí; había hecho que el primer paso fuera soportable. ¿Volvería a necesitarla?, se preguntó. ¿Iría a buscarla como había prometido? Mientras seguía caminando, intentó ignorar la tristeza que, de nuevo, se había instalado en su corazón.

Era lo que mejor sabía hacer porque lo había hecho toda su vida.

CAPÍTULO 12

DIEZ minutos después, Rosie se apoyaba en una columna de mármol, con una copa de champán en una mano y un canapé en la otra. La comida no había conseguido aliviar la angustia que sentía; el champán, por otro lado, sí.

Cameron estaba charlando con dos conocidos políticos, un tenista y un tipo con tantas medallas en el pecho que debía ser un general.

Para ser alguien que, supuestamente, quería darle la espalda a tanto lujo, parecía estar en su elemento. Mientras ella estaba prácticamente escondida para no tener que volver a hablar sobre yates, de los que no sabía nada, de golf, de lo que sabía menos o de los beneficios médicos de la rinoplastia.

–Rosalind Harper, ¿verdad?

Meg Kelly estaba a su lado, sus rizos castaños acariciando las mejillas sonrosadas y su pequeña figura envuelta en un vestido de color cobre que ningún otro ser humano podría lucir tan bien.

–Hola, Meg –Rosie apretó la copa con fuerza para no tocarse el pelo, tirarse del vestido o sentirse demasiado alta y demasiado torpe.

–¿Lo estás pasando bien?

–Sí, mucho. ¿Y tú?

Meg arrugó la nariz como sólo una persona convencida de que jamás tendría arrugas podría hacerlo.

–Odio estas fiestas. Si sirvieran chupitos de vodka en lugar de champán, a lo mejor no sentiría que estoy desperdiciando mi juventud. ¿Sabes a qué me refiero?

Rosie tomó un sorbo de champán, sin saber qué decir.

–No del todo.

–¿Cómo celebráis vosotros los cumpleaños?

–¿Nosotros?

–Tus amigos y tu familia.

–Ah, tomando pizza y cerveza. Y una tarta con velitas.

–¿Nada de esculturas de hielo?

Las dos se volvieron para mirar el busto de Quinn Kelly en el centro de la mesa.

–No que yo recuerde.

–¿Y no crees ahora que le faltaba algo a tus fiestas? –bromeó Meg.

Sí, pensó Rosie, Meg Kelly era una de las buenas. Y podía imaginar lo graciosa que Adele y ella serían juntas.

–Bueno, cuéntame, tengo entendido que estás con mi hermano.

–Tu hermano está ahí –dijo Rosie–, y yo estoy aquí.

En realidad, no podría explicar la relación que tenía con Cameron porque ni ella misma la entendía.

–Vaya, míralos –de repente, Meg se puso tiesa como un palo.

Rosie vio que Quinn Kelly se había unido al grupo de Cameron. Parecían ser amables el uno con el otro, al menos desde lejos. Y de perfil eran tan parecidos: los dos altos, de hombros anchos, ridículamente guapos. Príncipes entre los hombres.

Pero ella sabía que Quinn Kelly era un hombre con secretos. Secretos que podrían destruir a aquéllos que lo querían. Secretos que ya habían destrozado la confianza de Cameron.

Pero lo único que podía hacer era quedarse allí, esperando que volviese con ella.

–Nunca pensé que volvería a ver a esos dos en la misma habitación sin que se matasen –suspiró Meg–. ¿Cómo lo has convencido para que viniera?

–¿Yo? –murmuró Rosie.

–Sí, tú. Desde que tú has aparecido en su vida se ha vuelto más humano. Me ha llamado dos veces esta semana y normalmente no me llama tanto en un mes.

Ella recordó que Cameron no había compartido sus miedos sobre la salud de su padre con Meg y seguramente la habría llamado para ver si sabía algo.

Una pareja mayor, que olía a talco y a diamantes, pasó a su lado y Meg dijo lo que tenía que decir para que se alejaran contentos.

–¿Se puede saber por qué mi hermano te deja sola entre tantos buitres?

Quien hacía la pregunta era Dylan Kelly. Lo había reconocido porque salía en las revistas más que los otros dos hermanos juntos. Guapo, atrevido, insolente y divertido, le quitó el canapé y se lo metió en la boca.

–A tu hermano no le pasa nada –dijo Rosie, apartando la copa de

champán que Dylan estaba a punto de quitarle.

–Meg tiene razón. Mi hermano ha cambiado y seguro que tú eres la culpable.

–Siento decepcionarte, pero yo no tengo nada que ver.

Dylan estaba equivocado; Cameron no la había dejado sola. No se había vuelto invisible otra vez. Ella se había apartado por decisión propia, para darle el espacio que necesitaba.

¿O no?

Sólo cuando comprobó que Rosalind estaba charlando con sus hermanos, sonriendo y contenta, Cameron empezó a relajarse un poco.

En aquel momento estaba hablando con Dylan, con el que nunca había dejado a solas con ninguna de sus novias. Pero al ver a su hermano con Rosalind…

Nada.

No tenía miedo alguno. Al contrario. Sabía que Rosalind estaba con él aunque no estuviera con él. Su confianza en ella era absoluta. Y en una noche llena de momentos extraordinarios, aquél fue uno de los más inesperados.

Pero fue en ese momento cuando Quinn Kelly apareció a su lado.

–Una chica muy guapa –dijo su padre, las primeras palabras que le había dirigido en años.

–Es mucho más que eso.

Parecía mayor y más delgado. En persona tenía el mismo aire de poder que había tenido siempre, pero era absurdo esquivar el asunto.

–Estás enfermo, ¿verdad? –su voz era seca, sin emoción. No sabía cómo porque las palabras le quemaban en la garganta.

–¿De dónde has sacado esa idea? –exclamó Quinn.

–Papá, estás hablando conmigo… la única persona en el planeta que sabe que no debe creerte. ¿Qué te pasa?

Quinn parpadeó no sólo como si lo viera por primera vez en una década y media, sino como si lo viera por primera vez en su vida.

–Nada importante. Sólo un par de infartos sin importancia.

Saberlo había sido una cosa, que se lo confirmase otra

completamente diferente.

–¿Sin importancia?

–Yo mismo llamé al doctor Carmichael y ni siquiera tuve que ir al hospital. Afortunadamente, porque el conductor se lo hubiese contado a algún periódico.

–¿No te ha visto ningún otro médico?

–No.

–El doctor Carmichael tiene diez años más que tú, papá. No tiene fuerzas para sostener una jeringa y mucho menos para sujetar a un hombre tan grande como tú.

–Y eso demuestra que estoy perfectamente.

–¡Carmichael te dijo que no es nada serio por miedo a que lo despidieras!

–Y por supuesto que lo haría. Ese hombre no tiene ni idea de lo que una noticia así significaría para la compañía. Tú, por otro lado, eres lo bastante listo como para saberlo. Y espero que te guardes tus preocupaciones para ti mismo.

Cameron hizo una mueca.

–He oído antes esas mismas palabras.

El rostro de su padre se volvió rojo; el rojo de un hombre con la tensión alta y que había bebido demasiado durante demasiados años.

Cameron alargó una mano para ponerla en su brazo, para sujetarlo, para comprobar que estaba bien… pero Quinn se apartó como si eso fuera una intolerable muestra de vulnerabilidad.

–No es tu secreto, es el mío.

–Pues es una pena porque recientemente he descubierto lo curativo que es contar secretos.

–Piensa en tu madre –le advirtió Quinn.

Cameron se acercó tanto que podría contar las venitas rojas de sus ojos.

–Eres tú quien debería haber pensado en mi madre. Me da igual tu compañía o la prensa, lo que me importa es mi familia. Puede que ellos piensen que eres un dios, pero yo sé que sólo eres un hombre. Y no pienso guardar este secreto, por eso he vuelto. Hoy es un nuevo día para el clan Kelly.

–¿Cameron? –la suave voz de Rosalind fue suficiente para disipar su enfado–. Siento interrumpir, pero Meg estaba buscándote.

Feliz cumpleaños, señor Kelly. ¿Le importa si le robo un momento a su hijo?

Su padre asintió con la cabeza y después volvió a mirar a Cameron con un brillo de tristeza en los ojos. No era una disculpa, no era una redención de sus pecados. Pero era un principio.

–Feliz cumpleaños, papá –murmuró él, dándole un beso en la mejilla antes de alejarse con Rosalind.

–Sé que no era el momento adecuado, pero me ha parecido que estabas a punto de meter la pata.

Aquella mujer podía leer sus pensamientos. Respirando profundamente, Cameron la tomó por la cintura y le dio un beso en la cara.

–Gracias.

–¿Por qué?

¿Por qué? Por demasiadas cosas.

–Sólo gracias.

–De nada. ¿Y tu padre?

–Tiene un problema de corazón y es peor de lo que dice. No quiere admitir debilidad alguna, como siempre.

–¿Y tu familia?

–No saben nada, pero volveré mañana para contárselo. A ver si alguien puede convencerlo de que ingrese en un hospital.

–Buen chico.

Un cumplido tonto, informal. Pero para Cameron fue el mayor de los halagos.

Se reunió con sus hermanos en uno de los salones, pero no dejaba de mirar a Rosie en la puerta, observando la conversación entre los tres mosqueteros con una sonrisa en los labios.

Aquella noche, en lugar de distraerlo de sus dramas familiares, sus dramas familiares lo habían distraído de ella. Y estar con ella era lo que quería.

–¡Cam! –exclamó Meg, chascando los dedos frente a su cara–. Pon atención o tendrás que salir tú de la tarta en lugar de hacerlo yo.

–¿Tú vas a salir…?

–No, era una broma. Pero pon atención para que podamos terminar con esto de una vez. Y luego, amigo mío, el resto de la noche será toda para ti.

Cameron miró hacia la puerta… pero Rosalind había desaparecido.

El proverbial *Cumpleaños feliz* había sido interpretado por la coral de St. Grellans y los cuatro hijos de Quinn Kelly habían entrado en el salón de baile empujando una tarta del tamaño de un piano.

Pero ella se quedó en la galería, observando la escena desde una distancia más cómoda.

–¡Tú debes de ser Rosalind!

Rosie se encontró cara a cara con Marie Kelly, la matriarca del clan, tan bajita como Meg, pero radiante con un vestido de seda azul y el pelo rubio sujeto en un elegante moño francés. Era tan majestuosa que Rosie tuvo que tragarse el miedo. Pero cuando sonrió, supo de dónde había heredado Cameron su encanto.

–Encantada de conocerla, señora Kelly.

–Por favor, llámame Mary. Y el placer es mío, te lo aseguro. Tú eres la chica que ha traído a casa a mi hijo.

–Le aseguro que fue idea de Cameron, no mía. Yo sólo soy la afortunada que consiguió una invitación para la fiesta.

Mary se volvió para mirar a los invitados, como una reina observando sus tierras y sus vasallos.

–Mi Cam siempre ha sido muy cabezota. Nunca aceptaba ayuda con los deberes, nunca volvía a casa hasta que había conseguido lo que quería conseguir. Exige mucho a los demás, pero se exige más a sí mismo. Como su padre.

«No se lo diga», pensó Rosie.

–Nunca se lo diría –sonrió la mujer, como si hubiera leído sus pensamientos–. Aunque ésa es la razón por la que nunca han podido llevarse bien. Los dos son cabezotas, competitivos, ambiciosos. Y, tristemente, no saben perdonar las debilidades humanas.

Rosie supo leer entre líneas: las infidelidades de su marido, su enfermedad… Mary Kelly lo sabía todo.

Lo que no sabía era que su hijo menor también estaba al tanto. De haberlo sabido, no tenía la menor duda de que hubiera hecho algo para protegerlo.

Y le gustaría abrazarla por ser tan valiente. Pero, sobre todo, por

haber creado a alguien como Cameron, un hombre cabezota y ambicioso pero también dulce, increíblemente fuerte, considerado, generoso, divertido, atento. Alguien con un corazón enorme y el alma de un soñador.

De repente, sintió que le ardía la cara. Nunca hasta ese momento había hecho una lista de sus cualidades, como si para sus adentros hubiera sabido que serían abrumadoras.

Y cuando se dio cuenta de que Mary Kelly estaba esperando una respuesta empezó a abanicarse la cara con el bolso.

–Afortunadamente, los Kelly son también famosos por su encanto. Seguro que eso los saca de muchos apuros.

–Y que siempre han sabido quiénes eran y lo que querían. Eso los hace muy especiales.

Cameron Kelly era un hombre especial, desde luego. Pero, sobre todo, una buena persona. Y que ese hombre la hubiera buscado, deseado, necesitado…

Y allí mismo, al lado de su madre, Rosie se dio cuenta de que había hecho falta un hombre especial que le diera espacio, a ella, una mujer convencida de que nunca encontraría el amor, para saber la verdad.

Lo amaba. Estaba enamorada de Cameron Kelly.

Lo amaba con un amor apasionado, absorbente, emocionante y maravilloso.

Estaba enamorada de Cameron. Rosie Harper estaba enamorada de Cameron Kelly.

¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía haberse enamorado precisamente de él? Porque, aunque ocurriese un milagro y Cameron la amase también, su miedo a hacer daño a las personas que quería sería una razón para dejarla ir.

Eso era lo que había intentado decirle esa noche, en su casa. Estaba advirtiéndole porque intuía lo que iba a pasar.

Mientras Cameron pensaba haber encontrado un espíritu libre, alguien con quien pasarlo bien, Rosie, en contra de su propia naturaleza, se había enamorado del hombre que nunca podría ser suyo.

–Encantada de haberla conocido, señora Kelly. Tiene una familia encantadora –se despidió–. Por favor, perdóneme.

Cegada por las lágrimas, logró encontrar un balcón que daba al

jardín. Y el cielo abierto.

Mirando las estrellas infinitas, todas ellas aparentemente serenas y, sin embargo, explotando, chocando, viviendo y muriendo frente a sus ojos, Rosie consiguió llevar aire a sus pulmones.

Cameron se apoyó en la puerta del balcón para mirarla.

Su pelo se movía con la brisa y el vestido se pegaba a sus suaves curvas… y se excitó al pensar que iban a hacer el amor de nuevo esa noche, que iba a llevarla al precipicio y a encontrar solaz en sus brazos mientras intentaba hacer las paces con la mortalidad de su padre. Y la suya propia.

Pero mirándola ahora, sus hombros delicados pero lo bastante fuertes como para sujetar todas las estrellas, sintió que algo dentro de él se conmovía.

Los tres escalones que la separaban de ella le parecieron una eternidad y, pasándole una mano por la cintura, besó su cuello. Pero cuando la miró a los ojos vio que había estado llorando…

–Rosalind, ¿qué ocurre?

–No puedo seguir haciendo esto.

–¿Haciendo qué?

–Esto –Rosalind abrió los brazos, señalando el balcón, el jardín, el salón de baile.

–Muy bien. Yo ya he hecho lo que tenía que hacer aquí. ¿Por qué no nos vamos a casa?

–No, no puedo –dos gruesas lágrimas rodaron por su rostro, pero Rosalind las apartó de un manotazo–. ¿Por qué me has traído aquí?

Cameron se dio cuenta de que era una pregunta complicada. Menos de una semana antes, Rosalind había sido una bienvenida distracción, pero ahora…

–Tú misma me convenciste para que viniera, Rosalind…

–Me llamo Rosie –lo interrumpió ella–. Simplemente Rosie. Pero eso no me convierte en una rareza que puedas traer aquí para distraer a tu padre. O para que Meg y Dylan te dejen en paz. O para darle falsas esperanzas a tu madre. Yo no merezco eso.

Estaba tan disgustada que le temblaba la voz y a Cameron le dolía físicamente no poder abrazarla.

Pero tenía razón, la había utilizado desde el principio. Incluso

cuando supo que era demasiado inteligente como para no darse cuenta. Y le había hecho daño cuando se había prometido a sí mismo que nunca se lo haría.

–Mira, ésta ha sido una noche de nuevos principios. Y a lo mejor nosotros podríamos hacer lo mismo.

Rosie rió, pero era una risa teñida de amargura que, para Cameron, fue como una bofetada.

–Me alegro de que estés tan contento, pero seamos sinceros: tú no tienes intención de comprometer más tiempo y energía a esta relación del que sea absolutamente necesario. No intentes volverme loca.

–Eres tú quien me está volviendo loco a mí –protestó Cameron–. ¿Quieres que sea brutalmente sincero?

–¿Por qué no?

–Eres la mujer más difícil, desafiante y testaruda que me he encontrado en la vida. Y creo que, al menos, deberías darme una oportunidad. Que yo sepa, aparte de con algunos planetas lejanos, tú nunca te has comprometido con nada. Ni con un trabajo que no sea de autónoma, ni con una casa que no puedas mover en menos de media hora. Ni siquiera con tu propio nombre.

–Muy bien, si yo soy la mayor hipócrita del mundo, tú eres el hombre más cabezota y más ciego del universo. ¿Es que no te das cuenta de lo que tienes? Estás rodeado de gente que te quiere, de una familia que te necesita. Tienes raíces aquí y has hecho todo lo posible por cortarlas. Pero uno de estos días las raíces dejarán de crecer, Cameron, y no tienes ni idea de lo que es sentirte solo en el universo.

Una lágrima rodó por su rostro y, para Cameron, fue como un golpe. Ojalá pudiese abrazarla, besarla, demostrarle que estaba equivocada… pero no encontraba palabras que la convencieran porque no estaba seguro de cuáles eran esas palabras.

–¿Te importaría darle las gracias a tu madre por una fiesta estupenda? Y saluda a los demás de mi parte.

Cuando sus ojos se encontraron, Cameron sintió que toda su vida lo había llevado a aquel momento, el minuto definitorio de su vida.

¿De verdad era un buen hombre? ¿Un hombre bueno se pondría de rodillas para decirle lo que sentía o se daría cuenta de que ya le

había hecho daño suficiente y la dejaría ir?

De repente, una explosión en el cielo hizo que los dos se quedaran rígidos. Un segundo después, una nube de fuegos artificiales apareció sobre el río.

El balcón se llenó de invitados lanzando exclamaciones de admiración y Cameron sintió que lo apartaban de Rosalind…

Pero sólo cuando la perdió en un mar de gente se dio cuenta de que había sido ella quien se había apartado.

Había desaparecido.

Y aunque estaba rodeado de gente, incluyendo a la familia que había recuperado esa noche, se sentía más solo de lo que hubiera creído posible.

CAPÍTULO 13

CAMERON se había quitado la chaqueta y la corbata, las mangas de la camisa subidas hasta el codo, los brazos apoyados en la barandilla del balcón mientras observaba el amanecer tiñendo el cielo de color rosa.

Al contrario que los demás cuerpos celestes, Venus se mantenía constante, segura, encantadora… y sola.

Su corazón empezó a golpear con fuerza dentro de su pecho y no por primera vez en las últimas horas. De hecho, el golpeteo había empezado cuando Rosalind lo dejó plantado en aquel mismo sitio.

Cuando por fin se fueron todos los invitados, se había reunido con su familia en la biblioteca para hablarles de los infartos de su padre y su negativa a someterse a tratamiento. Se habían peleado, reconciliado, reído y llorado… y Cameron acabó dándose cuenta de que nunca en su vida había estado solo.

Pero Rosalind sí. Rosalind, tan solitaria, aislada, sin familia. Había hecho todo lo que estaba en su mano para mantenerlo alejado, pero Cameron por fin entendía la razón.

Amar a alguien y perderlo dolía mucho.

¿Estaría ahora sola, lamentándose? ¿Por su culpa? ¿Porque había sido demasiado obstinado, demasiado escrupuloso y desencantado como para aceptar lo malo que iba con lo bueno en toda relación?

Un hombre bueno se tragaría el orgullo y se pondría a sí mismo en la desagradable posición de ser rechazado dos veces en veinticuatro horas. Porque la persona que más le importaba tenía que saber que nunca más estaría sola.

Cameron miró su reloj. Podía ir a casa, darse una ducha y cambiarse de ropa, pensó, sacando las llaves del coche. Si Rosalind le daba con la puerta de la caravana en las narices, no volvería a molestarla. Si sus ojos le confirmaban que lo quería, si le abría la puerta y…

Eran las siete de la mañana y Rosalind despertaba muy temprano. Y no pensaba negarse a sí mismo la felicidad ni un segundo más.

Rosie estaba tumbada en el sofá de Adele, mirando las rayas amarillas de la pared, sin poder conciliar el sueño.

De hecho, había estado despierta toda la noche, teniendo una seria y larga conversación consigo misma sobre una variedad de asuntos que la llevaron a un hecho crucial: había hecho lo más estúpido que podía hacer enamorándose de Cameron Kelly.

Tres minutos después de que el taxi la sacara de la mansión de los Kelly, tuvo que morderse la lengua para no decirle al taxista: «Dé la vuelta ahora mismo ».

¿No debería darle la oportunidad de decir lo que sentía?

Cinco kilómetros después, estaba segura de que, dijera lo que dijera, le habría roto el corazón.

Adele entró en el salón con una bandeja en la que había café, tarta, chocolate, patatas fritas y caramelos en forma de botella de leche.

–¿Cómo estás, cariño?

–Mejor –suspiró Rosie, incorporándose.

–¿Mejor de verdad?

En realidad, se sentía como un hematoma andante.

–Gracias por dejar que me quedase.

–Dame las gracias después…

En ese momento sonó el timbre y Adele se llevó una mano al corazón. Miró la puerta, luego miró a Rosie, y luego volvió a mirar la puerta.

–Creo que me he dejado la plancha encendida. ¿Te importa abrir?

–¿Quién es?

–No lo sé… será el chico que trae la leche.

El timbre volvió a sonar y Rosie, en camiseta y pantalón de pijama, se pasó una mano por la melena despeinada. El chico de los recados iba a llevarse un susto de muerte.

Pero cuando abrió la puerta se encontró con una camisa de color caqui con las mangas remangadas y los antebrazos más bonitos que podía tener un hombre. Y en el extremo de esos antebrazos…

–¡Cameron!

–Hola.

Ella tragó saliva, intentando deshacer el nudo que tenía en la

garganta. Aparentemente, su nombre era todo lo que podía decir.

–¿Puedo…? –él carraspeó, nervioso–. Rosie, ¿puedo entrar?

¿Rosie? ¿La había llamado Rosie?

Por mucho que intentara contenerse, su corazón había empezado a latir como si quisiera salirse de su pecho. Lo cual era ridículo. Seguramente se habría dejado algo y, civilizado como era, había ido a devolvérselo en persona.

Miró por encima de su hombro para buscar a Adele, pero su amiga había desaparecido.

–Te llamé anoche. Muchas veces.

–Me he dejado el móvil en casa.

–Después de las primeras doce llamadas imaginé que debía ser eso, así que llamé a Adele. Ella me dijo que estabas aquí y que seguías… disgustada. Y que debería darte tiempo.

–Pero si no deben ser las ocho siquiera.

–Ya lo sé.

Rosie se dio la vuelta y el clic de la puerta le dijo que Cameron la había seguido.

–¿Quieres un café?

–Sí, gracias.

–No sé dónde se ha metido Adele. Estaba aquí hace un minuto.

–Se ha despedido de mí con la mano cuando abriste la puerta. Supongo que la casa tiene una puerta de atrás.

Ella tragó saliva mientras asentía con la cabeza. Estaban solos y no tendría más remedio que ser su propio ancla.

–Entonces, iré directamente al grano –dijo Cameron–. Y será la primera vez. Parece que a los dos nos cuesta decir claramente lo que pensamos.

Esperó hasta que Rosie lo miró a los ojos, esos profundos ojos grises, ahora tan solemnes, tan serios.

–Anoche me acusaste de no apreciar lo que tengo y quiero que sepas que tienes razón. Pongo tanto tiempo y tanto esfuerzo en mi trabajo, en mi casa, en las partes de mi vida que no ofrecen ninguna oposición. Y no porque esté bien, sino porque es más fácil que enfrentarse con la verdad… que había querido olvidarme de lo que es realmente importante.

Mientras hablaba, mientras se confesaba con ella, sus preciosos ojos azules no se apartaban de los suyos. Si le quedase una onza de

fe en su buen juicio, podría entender que estaba hablando de ella, pero ese barco había partido el día que aceptó salir a cenar con un hombre del que ninguna mujer sensata podría no enamorarse.

–Pensaba que mi vida era estupenda –siguió Cameron–, pero ahora veo que todas las partes estaban sin conectar porque temía hacerle daño a mi familia. Y entonces apareciste tú y te conté lo que no quería contarle a nadie… ¿y sabes una cosa?

–¿Qué? –preguntó ella, con el corazón encogido.

–Que el mundo no se ha hundido. Y anoche empecé el proceso de unir los puntos. He vuelto a conectar con antiguos amigos, con mis hermanos, he hablado con mi padre… he recuperado a mi familia.

Rosie sonrió.

–Me alegro mucho por ti, de verdad.

–Cariño, todo eso ha sido posible gracias a ti.

Ella sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos, para entresacar la verdad de la absurda esperanza que lo emborronaba todo.

–Yo no sé unir nada. Ni siquiera sé dónde están los puntos. Tú mismo lo dijiste: soy una astrónoma autónoma, vivo en una caravana, no hay nada en mi vida que no pueda dejar atrás en un minuto si me apetece –dijo, suspirando–. Pero sé que la manera más fácil de romper el espíritu de alguien es quitarle las cosas que más quiere.

–Eso es lo que me ha pasado… pero mírame, sigo aquí.

Sí, seguía allí, la fuerza de su espíritu radiando por todos sus poros.

–Un espíritu se puede romper sólo si está dispuesto a romperse desde un principio. Y Rosie, cariño, tú eres una fuerza de la naturaleza. Tu espíritu es tan vibrante, tan fresco, tan honesto que estoy seguro de que nada en el mundo podría romperte.

Ella parpadeó varias veces, mirando luego sus manos unidas. Sí, era cierto; sentía pena por su madre, estaba furiosa con su padre, pero confiaba en sí misma, confiaba en Cameron. Su espíritu no estaba roto.

–Cameron…

–Cam –la interrumpió él–. Mis íntimos me llaman Cam.

Estaba diciéndole que era importante para él; más que eso.

–Cam.

–¿Sí, Rosie?

–La verdad es que no me importa que me llames Rosalind. Aunque soy Rosie. Rosie Harper, que vive en una caravana, le encanta la ropa cómoda y duerme cuando el resto del mundo está despierto. Pero desde que te conocí… –se le rompió la voz y tuvo que hacer un esfuerzo para seguir–. Desde que te conocí, Rosalind, la chica que era, la versión de mí misma que he intentado olvidar todos estos años, ha vuelto. Esa parte de mí que quería afecto, que deseaba más que nada sentirse especial para alguien, a esa Rosalind ya no le da miedo tener esperanzas.

Cameron iba a decir algo, pero ella puso un dedo sobre sus labios.

–Anoche descubrí lo que era ser parte de un colectivo de gente a la que le importas. Viéndote con Meg, con Dylan y con Brendan empujando el carrito de la tarta… hubiera dado cualquier cosa por ser parte de esa familia –le confesó–. Y espero que entiendas que por eso tuve… tengo que marcharme. Quitarme todo eso más adelante sería muy doloroso para mí.

–¿Quién va a quitarte nada? –le preguntó Cameron, apretando su mano–. Una de las cosas que encuentro irresistibles en ti es que, aunque eres una defensora de la fragilidad humana, estás decidida a negar la tuya.

–Yo no…

–Calla un momento. Ahora me toca a mí.

Cameron respiró profundamente y Rosie se dio cuenta de que no estaba sólo cansado, sino nervioso. Abierto y sin reservas.

–Cuando sugerí que fuéramos más despacio estaba siguiendo un patrón de comportamiento que había seguido muchas otras veces. Era una forma de echar el freno, de tenerlo todo controlado. Pero cuando te fuiste me di cuenta de que no era que te acercases demasiado lo que me daba pánico, sino que lo hiciera yo. No lo había anticipado, pero imaginé mi vida sin ti y no me gustó nada.

Para estar seguro de que Rosalind lo escuchaba levantó una mano para tocar su mejilla. Pero estaba allí, toda ella estaba allí.

–Pensé que ir a buscarte al campo en medio de la noche sería una forma de admitir mis sentimientos. Ahora me pregunto cuánta angustia hubiera evitado de haber tenido valor para decírtelo

claramente. Como anoche… no debería haberte dejado marchar. Afortunadamente esta semana he aprendido no sólo lo fácil que es cometer errores, sino lo fácil que puede ser perdonarlos.

El corazón de Rosie empezó a dar saltos dentro de su pecho.

–Perdóname –dijo Cameron entonces.

–No te he dado una oportunidad –suspiró ella, con voz trémula–. Perdóname tú.

–Como los dos parecemos expertos en complicar las cosas, ¿qué tal si probamos a hacerlo todo más sencillo?

–Yo creo que merece la pena.

–Rosalind –dijo él, con una voz casi tan temblorosa como la suya–. Mi Rosie. Necesito que sepas que estoy enamorado de ti. Que te he querido desde el primer momento. Y no tengo la menor duda de que seguiré queriéndote mientras viva.

Los ojos de Rosie se llenaron de lágrimas, pero Cameron inclinó la cabeza para secarlas con sus labios.

–Anoche también yo supe que te amaba.

–Pues menuda manera de demostrármelo.

–Sí, ya sabes que soy un poco rara.

–Y yo soy un afortunado –rió él, buscando sus labios.

Rosie dejó que sus manos se perdieran bajo la camiseta y lo besó hasta que le pareció ver las estrellas. Estaba perdida, total, absolutamente perdida. Pero no la asustaba en absoluto.

Porque no había perdido nada, en realidad se había encontrado a sí misma.

Mucho después, cuando se apartaron, le quemaban los labios y tenía que hacer un esfuerzo para abrir los ojos. Cameron, en cambio, parecía tener una fuerza asombrosa porque la levantó en volandas para sentarla sobre sus rodillas.

–Has dicho que me querías, ¿verdad?

–Te quiero –dijo ella, la liberación de pronunciar esas palabras, haciéndola sentir más feliz que nunca.

–Genial. Entonces, antes de bautizar el sofá de Adele, tengo que decirte una cosa más.

Rosie apartó un mechón de pelo de su frente.

–No es momento de confesar que ya tienes tres esposas y que todas se llaman Rosalind.

–Rosie, vas a tener que contestar al teléfono cuando te llamo.

–Eso es mucho pedir.

–Si tengo que llamar a Adele cada vez que quiera verte o hablar contigo… o decirte que te quiero a mitad del día, vamos a tener un serio problema –sonrió Cameron, girándose un poco para ofrecerle una cajita plateada con un gran lazo blanco.

Se había quedado tan sorprendida al verlo en la puerta que no se dio cuenta de que llevaba una caja en la mano.

–¿Es para mí?

–Sí.

Rosie abrió la caja pensando que no tenía la más remota idea de qué podría regalarle un hombre que lo tenía todo, que podría comprar en cualquier sitio…

–Oh, Cameron.

Sobre un lecho de papel plateado había un móvil. No era nuevo, brillante, caro y complicado; era simple, sencillo y tan retro que se enamoró de él enseguida.

–Es precioso.

–Lo mejor es que he grabado todos los números que podrías necesitar en el futuro.

Rosie apoyó la cabeza en su pecho para mirar el móvil.

–¿Cómo los encuentro?

–Mira, tienes que pulsar aquí. Éste es el del planetario, el de Adele… y el número de tu supervisor en Houston.

–¿Qué? ¿Cuándo has hablado con él?

–Esta mañana, a primera hora –sonrió Cameron–. También están el número de Meg, el de Dylan y el de la casa de mis padres.

Rosie parpadeó. Era como si hubiera sabido cuánto significaría eso para ella. Como si la conociera mejor que ella misma.

–Y el último, pero más importante… espera, pulsa ese botón.

Un segundo después, en la pantalla apareció el primer número de la lista: Cam.

Sin fanfarrias, nada de Cameron Kelly, constructor de rascacielos, príncipe de Brisbane. Sólo un hombre que la amaba y quería ser la primera persona a la que llamase.

Rosie lo miró a los ojos y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza:

–¿Quieres casarte conmigo?

–Será un placer. ¿Qué tal mañana?

–Fabuloso. Pero te recuerdo que se tarda un mes en organizar el papeleo, por si cambiamos de opinión.

–Primero, no voy a cambiar de opinión. Segundo, cuando me comprometo con algo, estoy comprometido hasta la muerte. Y, sobre todo, soy un Kelly, así que puedo hacer lo que me dé la gana –sonrió Cameron–. Y ya sabía yo que algún día eso me vendría bien. El único problema es que vas a tener que comprarte una caravana más grande. He visto tu cama y es demasiado pequeña.

–La verdad es que no creo que aguantase otro invierno en esa caravana ahora que he visto la chimenea de tu casa –suspiró Rosie, echándole los brazos al cuello–. Y aunque no quisieras casarte conmigo, estaba pensando en hacerme okupa. Tu casa es tan grande que ni te hubieras dado cuenta.

Cameron tomó el móvil y lo lanzó sobre un sillón antes de tumbarla en el sofá.

–Menos mal que lo has hecho tú –rió Rosie–. Yo no tenía corazón para deshacerme de él.

Cameron la miraba a los ojos con tal intensidad que sintió que podría ahogarse en ellos.

–Pensé que, si no querías verme, no volvería a buscarte, pero estaba engañándome a mí mismo. Si me hubieras dado con la puerta en las narices, habría entrado por la ventana, por la chimenea o por la cañería. No porque esté acostumbrado a salirme con la mía, sino porque ya no me imagino la vida sin ti.

–Menos mal. Porque es ahí donde quiero estar –murmuró Rosie.

Cuando Adele volvió una hora después, la casa estaba vacía. Y la bandeja con el café, la tarta y las patatas fritas seguía en la mesa, sin tocar.

Aparentemente, la parejita estaba demasiado ocupada como para pensar en algo que no fuera… en fin, cosas de enamorados.